Selecta



Kathia Iblis

La peculiar señorita Grey

Damas inadecuadas I

La peculiar señorita Grey

Las guerras del cortejo 1

Kathia Iblis

Selecta

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

En este mundo, donde todo es una copia fiel*,*
lo mejor que te puede pasar es ser inadecuado.
Se único. Se tú mismo.
Porque eso te va a ayudar a descubrir el camino que te haga feliz.

Nuestras cicatrices nos hacen saber que nuestro pasado fue real.
Orgullo y Prejuicio, Jane Austen

Quizás son nuestras imperfecciones las que nos hacen
tan perfectos el uno para el otro.
Emma, Jane Austen

Nota de la autora

El momento en el que una joven era presentada en sociedad era el más importante de su vida porque era el primer paso que determinaba lo que sería de su destino de ahí en adelante.

La joven casadera ideal poseía, de ser posible, un apellido de renombre, belleza y una cuantiosa dote. Sin embargo, no siempre era así. Y aquellas que no cumplían con los requisitos se veían menos requeridas en las fiestas que las damas que sí los poseían.

Luego estaban las floreros que, por diferentes circunstancias, se consideraba que estaban destinadas a la perpetua soltería. E incluso, en relación a estas últimas, se ha sabido de casos en los que han logrado conquistar a un caballero.

Finalmente, se encuentran las jóvenes que estaban más allá de toda salvación. Porque, a veces, ni un apellido aristocrático, ni una belleza despampanante, ni una cuantiosa dote lograba el principal objetivo: que un caballero respetable desposara a una de ellas.

Sin embargo, a veces los milagros ocurrían y todo eso podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. En especial cuando dos encumbradas viudas decidieron involucrarse y aceptaron el desafío de casar a dichas jovencitas. Nada ni nadie podría detenerlas, ni siquiera la mismísima nobleza a la que ellas siempre se habían jactado de pertenecer.

Prólogo

Londres, 1867

—¿La vieron?

—No es una gran belleza… de no ser heredera, no estaría aquí.

—¿Y esos guantes?

—Escuché que le pasó algo horrible en las manos. Los usa para ocultarlas…

La señorita Calpurnia Gwendolyn Grey se frotó con disimulo las manos entre sí agradeciendo tenerlas cubiertas con los guantes de encaje. Hubiese preferido utilizar sus amados guantes marrones que le brindaban calor y le permitían ocultar las cicatrices y las quemaduras, pero su institutriz había puesto el grito en el cielo ante aquella sugerencia. Cicatrices o no, ella era una heredera y como tal debía lograr obtener una propuesta de casamiento cuanto antes fuera posible. En especial porque, en dos temporadas, su hermana menor, Effie, ya estaría lista para ser presentada en sociedad y sería muy mal visto que ella continuase soltera. Aunque quizás eso fuese preferible a continuar teniendo que escuchar los rumores sobre su persona.

Con ello en mente, se pasó con disimulo una mano sobre la falda del vestido de gasa color borgoña, que la modista le había asegurado que era el último grito de la moda. Ella decidió que simplemente había mujeres que habían desarrollado la capacidad para no respirar porque, de no haber sido por la disimulada intervención de su hermana, ella hubiera sido una de las tantas

damas que habría sufrido un desmayo que hubiese atribuido al calor en el interior del salón y no al verdadero responsable: el tieso pedazo de tela que comprimía sus costillas.

Gigi, apodo dado por su hermana menor cuando esta recién había aprendido a hablar, suspiró con pesar. Pensó que podría hallar alguna amiga entre el grupo de debutantes, pero sentía que no sería así. Solo su prima, Emmeline, parecía no tener problemas con ella, y esa noche se hallaba ausente debido a un fuerte resfrío.

Al no desear seguir escuchando los rumores y conjeturas que el grupo de jóvenes ya debía estar tejiendo en torno a su persona, se dirigió hacia las puertas dobles que daban a las terrazas. Mientras no abandonase la seguridad del salón, donde su tía podía observarla con atención, no había problema alguno.

Inhaló hondo el aire fresco de la noche y deseó poder sacarse los guantes para aliviar la comezón que había empezado a sentir en alguna de las cicatrices. Pero sabía que eso era imposible.

Se detuvo junto a una columna y observó la noche cubierta de nubes. La tormenta se desataría en cualquier momento, y eso sería una buena excusa para marcharse. Su tía les temía y no querría quedar atrapada dentro del carruaje bajo la misma.

Estaba por ir a mencionar la llegada de la lluvia cuando escuchó voces del otro lado de la columna. Voces masculinas. Sabía que, si la descubrían espiando, podía meterse en problemas, pero la mención de su nombre la mantuvo oculta en donde se hallaba.

—¿En serio tu padre desea que cortejes a la señorita Grey?

—No seas absurdo. Su linaje no es el correcto.

—Quizás. Pero es una heredera y todos sabemos las deudas que tienes. Si no consigues pronto una esposa adecuada, te va a desheredar y todo quedará para tu medio hermano.

—Por favor, padre solo grita mucho, pero jamás le va a dar algo. Mi madre era una De Chambord. Su madre, en cambio… era una cualquiera.

—Era una heredera. Como varias de las jóvenes que hay aquí.

—Incluida la señorita Grey…

—Si tan solo no fuese tan… rara.

—Escuché que toda su familia era así. Sin mencionar las misteriosas circunstancias de la muerte de sus padres.

—Cada vez se parecen más a las viejas cotorras que se pasan estas reuniones debatiendo cuál de nosotros es el mejor candidato para su protegida.

—¿Tú qué opinas, Alasdair?

—Que deberían cerrar la boca e informarse mejor. Lo que sea que le ocurrió a la joven fue por salvar a su hermana, y eso es algo encomiable. Muchos de ustedes no moverían un pelo por su propia sangre —masculló con frialdad el aludido. El tono de su voz indicaba una clara molestia para con toda la conversación.

Gigi, sorprendida, se mordió el labio para no dejar escapar la gratitud que amenazaba con escapar de su interior ante la inesperada defensa. A excepción de su hermana menor, nunca nadie la había defendido y descubrió que eso le producía una sensación agradable.

En un impulso, decidió que si ese caballero le solicitaba un baile aquella noche, se mostraría lo más atenta posible. Quizás, aunque no albergaba muchas esperanzas en ese sentido, podría lograr atraerlo lo suficiente como para que pasase por alto sus defectos y deseara cortejarla.

Sin querer escuchar ni una sola palabra más de la conversación, en parte por temer descubrir que el caballero había sido convencido a cambiar de idea al ser presionado por sus pares nobles, retrocedió con lentitud de su escondite, detrás de la columna, y se aventuró de regreso a donde sabía que su tía se había acomodado para poder vigilarla con atención.

—¿Dónde estabas? —la increpó la dama tan pronto Gigi se halló lo suficientemente cerca—. Calpurnia, si me llego a enterar…

—Soy Gigi, tía —le recordó nuevamente el apodo que su hermana le había puesto. A sus padres les había parecido adorable y pronto ellos también se encontraron llamándola de aquella manera —. Solo estaba tomando un poco de aire fresco, tía. Sé lo mucho

que te disgusta que atraiga la atención a mis manos de manera innecesaria. El aire frío alivió un poco la molestia.

—Ridículo. No eres uno de esos desagradables perritos falderos que tan de moda se han puesto.

—Su Majestad los adora, tía. No va a ninguna parte sin sus *Corgies*. Incluso estuvieron el día de mi presentación en sociedad —le recordó a la dama, quien, de inmediato, cerró la boca.

Gigi sabía que eso lograría callarla. A diferencia de sus propios padres, su tía se había visto forzada a casarse con su tío si no deseaba quedarse a vestir santos y, ante la inminente boda de su hermana menor, la envidiosa y rencorosa mujer no dudó en aceptar la propuesta del primer candidato aceptable que se le presentó.

Como si eso no hubiese sido suficientemente malo, ellos jamás tuvieron hijos y, cuando Effie y ella nacieron, ese odio pareció trasladarse a ellas. Sin importar nada de lo que hicieran, la mujer parecía siempre hallar una razón para criticarlas, lo que de niña siempre la había herido. De más grande, comprendió que su tía era simplemente una persona que parecía disfrutar de ser miserable y que anhelaba esparcir su malestar a todas las personas que las rodeaban.

Cuando su madre anunció que sería presentada en sociedad frente a Su Majestad, pareció ser la gota que rebalsó el vaso porque, al fallecer sus padres casi al final de su primera temporada, la mujer se hizo cargo del cuidado de ellas y todo pareció volverse una pesadilla.

Y aquello la había llevado a la situación de entonces. Su única esperanza era que, de alguna manera, su tutor, lord De Warenne, lograse ver tras la fachada que su tía exhibía en su presencia, porque definitivamente ni ella ni Effie lograrían sobrevivir a otro incidente como el de hacía un mes y medio atrás.

El recordatorio de lo ocurrido le produjo un escalofrío. Aún temía que su tía fuese a tener algún nuevo ataque de histeria como el de aquella oportunidad, pero con la diferencia de que esta vez alguna de las dos podía terminar seriamente herida, o peor… muerta.

Nadie hablaba mal de Su Majestad, sin importar qué tan de acuerdo o no estuviera con su conducta. Optando evitar ser víctima de más críticas, se sentó junto a su tía y observó la pista de baile, donde las parejas se desplazaban. No pudo evitar preguntarse cuántas de ellas terminarían en cortejos con perspectivas matrimoniales. No era que ella no quisiera eso, pero no deseaba dejar a Effie sola y a merced de su tía. Aunque, si lograba un matrimonio provechoso, ella bien podría convencer a su marido de permitir que su hermana viviera con ellos.

Suspiró y su mirada se posó en sus manos enguantadas. No había mucho que pudiera hacer respecto a eso. Es más, teniendo en cuenta lo ocurrido, se consideraba afortunada de conservar la plena movilidad de sus manos. Pero jamás se arrepentiría de haber salvado a su hermana cuando vio cómo el largo cabello rubio se le incendiaba. De haber estado con vida, sus padres le hubiesen ofrecido todo su apoyo y no como hicieron sus tíos que, luego de las primeras curaciones y de no haber sido por la intervención del anciano lord De Warenne, la hubiesen dejado que se las arreglase por su cuenta. Gracias a la excelente atención médica y a los conocimientos sobre hierbas que su anciana abuela le había dado antes de fallecer, había logrado salvar sus manos y podría continuar tocando el piano. Quizás no con la completa naturalidad con la que antes lo hacía, pero aún seguía siendo una gran pianista.

Si tan solo lograse hallar a un caballero que no se dejara guiar por los rumores que circulaban respecto a lo ocurrido…, como el que la había defendido instantes atrás. Recordándolo, elevó la mirada y la focalizó en el rincón del salón donde parecía haber terminado la conversación y un grupo de hombres se acercaba a buscar unos refrescos.

Gigi se mordió el labio inferior. La realidad era que, a excepción de las fiestas, su tía la mantenía bajo estricta vigilancia. A ambas. Aunque entonces, con la excusa de su cabello corto, Effie no tenía permitido abandonar la casa, excepto para ir a la modista. Si tan solo hubiera descubierto cuál de todo ellos había sido su defensor…

***

Alasdair Leonidas Saint Leger, vizconde de Doneraile, sabía mejor que nadie lo que era tener que intentar esconder un secreto de importancia ante los ojos de la despiadada aristocracia. Solo que el suyo, en vez de tratarse de supuestas cicatrices, podía destruir a toda su familia y hacerlos caer en la deshonra. Por ende, no estaba dispuesto a permitir que nadie se viera sujeto a esa clase de escarnio. En especial al considerar que ninguno de los presentes estaba *libre de pecado*. De hecho, si se hubiesen confirmado los rumores que circulaban sobre la mayoría de sus acompañantes, las matronas ya habrían puesto el grito en el cielo y, luego de tildarlo de libertino, se habrían asegurado de mantener a sus protegidas lo más lejos posible de tan despreciable individuo. Rumores eran una cosa. Hechos fehacientes eran algo muy distinto.

Asqueado con la conducta de sus pares, se alejó hacia la pista y sus ojos no tardaron en posarse en la joven sobre la que habían estado haciendo conjeturas sus acompañantes. Vestida a la última moda, a excepción de los guantes de encaje, parecía estar buscando a alguien con la mirada, pero no podía asegurar a quién. Quizás algún caballero que, para luego burlarse de su interés, le hubiese prometido un baile cuando, en todo momento, sus intenciones hubieran sido dejarla plantada.

—Si me disculpan… —Fueron sus únicas palabras antes de encaminarse a la joven.

—Lord Saint Leger, nos honra con su compañía. ¿No es así, Calpurnia? —La matrona, sentada a su lado, de inmediato lo reconoció.

—Tía, por favor, no me llames… —Pero el poco disimulado codazo de la dama, de inmediato, hizo callar a la joven que realizó una reverencia frente a él, aunque visiblemente abochornada.

—¿Me permitiría el honor de bailar conmigo esta pieza, señorita Grey?

—Ella estaría encantada. —Dicho lo cual, poco faltó para que la

empujase a sus brazos. Aunque en todo momento mantuvo la compostura, a Leo se le hizo obvio que la joven estaba mortificada por toda la situación.

Ignorando a la dama, le ofreció su brazo y ambos caminaron uno al lado del otro hasta acomodarse en medio de la pista de baile.

—Gracias por la invitación.

—Por favor, señorita Grey.

—Soy Gigi. Calpurnia era una antepasada que decidió exigirles a sus descendientes que, si querían su dinero, más les valía ponerle su nombre a la primogénita mujer de cada camada —respondió con absoluta sinceridad—. Aunque debo decir que a mi hermana Effie le ha tocado peor que a mí.

—¿Eso a qué se debería? —Fue lo único que se le ocurrió preguntarle porque definitivamente no esperaba una explicación tan sincera respecto al origen de su nombre. Sin duda, la dama parecía hacerle honor a los rumores al ser un tanto peculiar.

—Euphemia… Ese es su nombre.

—Sus antepasados…

—No se preocupe, lord Saint Leger, de niñas sufrimos toda clase de burlas. Con el paso del tiempo, uno termina desarrollando indiferencia hacia las mismas. Además, no es que pueda cambiar mi nombre.

Él tenía sus propios asuntos en cuanto a nombres concernía, así que no era quien para criticar a los antepasados ajenos, aunque el suyo era bastante más manejable que el de la joven que yacía en sus brazos.

—¿Milord?

—¿Sí?

—Espero que no lo considere una impertinencia, pero yo quería agradecerle por lo que hizo antes.

—Usted es una maravillosa bailarina, milady.

—Me refiero a lo otro, milord… Yo… escuché a sus compañeros burlándose de mí. Sé que solo estaba siendo caballeroso, pero quiero que sepa que por siempre tendrá mi gratitud.

Por primera vez, desde que se inició la temporada, Leo se vio a sí mismo ofreciendo una sincera sonrisa, y fue nada más que a la joven con quien aún continuaba bailando. Sin saber muy bien qué decirle, asintió. Él solo había hecho lo correcto, al menos una vez, para variar.

—¿Me honraría bailando otra pieza conmigo? —le ofreció. Al menos por esa noche, podría pretender ser el caballero en brillante armadura de la joven y no la falsedad que él sabía que era…, pero que nadie jamás debía descubrir.

—Por supuesto, milord. Me encantaría.

Pese a no ser una gran belleza, su aspecto era más bien ordinario, su sonrisa radiante encandilaba hasta a las más bellas de las mujeres del salón. Él sabía la razón. En un mundo de falsedades, banalidades y apariencias, la joven señorita Grey definitivamente era una joya rara y preciada. Solo faltaba el caballero que la descubriese… Y ese no era él.

Capítulo 1

Londres, De Warenne Hall, 1869

Cumpleaños de lady Emmeline De Warenne

Gigi rio ante lo que su prima le estaba contando. A pesar de ser su segundo año en sociedad, y con incontables propuestas matrimoniales, al igual que ella, Emmie soñaba con casarse por amor. Considerando que era la única sobrina de lord De Warenne, este le consentía todos sus caprichos y había aceptado no apurarla a contraer matrimonio con el primer petimetre que se le cruzara.

—Sabes que no vas a poder continuar postergándolo indefinidamente, ¿no?

—Tal vez. Hay cierto caballero que me agrada, pero los rumores que circulan sobre él…

—Ay, Emmi, ambas sabemos que los rumores son fruto de lenguas viperinas para hacer quedar mal a la víctima de las mismas. Si no…, mírame a mí —le dijo Gigi a la vez que elevaba las manos para enlazar sus dedos con los dedos enguantados de ella—. Eso si mencionar que la mitad de Londres piensa que ando en cosas raras. Me sorprende que aún no me hayan tildado de bruja.

—Eso es absurdo. Tu abuela fue una reconocida sanadora y te heredó sus conocimientos. Si hasta el mismísimo doctor Walker a menudo refiere a sus pacientes con dolencias más *emocionales* a ti. Tus tés son maravillosos, y no hay quien lo pueda negar. Escuché que hasta la mismísima viuda de Saint Leger a menudo recurre a ti.

—Emmi, por favor, sabes que no hablo de esas cosas y menos

donde hay tantos oídos atentos para el próximo posible jugoso chimento a ser esparcido. Lo último que esa dulce dama necesita, luego de la pérdida de su marido, es tener que soportar el escarnio de sus pares solo porque bebe uno de mis tés relajantes.

—Pues permíteme decirte que han hecho maravillas con sus nervios. Se la ve mucho más tranquila e incluso ha asistido a algunos tés para acompañar a sus hijas.

—¿No están en edad de debutar?

—Casi. Escuché que planea hacerlo el año que viene, pero que primero quiere asegurarse de que su hijo mayor se procure una esposa.

—¿Leo? —susurró Gigi. El anhelo fue evidente en su voz.

—Así es, prima. Tu Leo ha sido empujado a la fuerza al mercado matrimonial y déjame decirte que hay más de una dama con intenciones de capturarlo.

—Él no es una presa para ser cazada. Es un hombre y tiene derecho a elegir con quién desea desposarse —declaró con decisión Gigi mientras su mirada se paseaba por el salón en busca de la azabache cabellera del hombre a quien tenía en la más alta estima. Aunque desde la inesperada muerte de su padre se había vuelto más cerrado y taciturno, como si hubiese cerrado su corazón y sus emociones al mundo, ella aún lo recordaba como el caballero que la había defendido y que, aún sin conocerla, le había ofrecido algo de esperanzas.

Ya hacía dos años de aquel momento, pero, aun así, cada vez que se cruzaban, ella se mostraba amable y feliz de verlo. Emmie decía que estaba a un paso de enamorarse del caballero, pero Gigi consideraba que eso era una locura. Para enamorarse de una persona, había que mínimamente conocerse, y ellos tan solo habían compartido tres bailes y nada más porque, la siguiente vez que se vieron, el padre de él ya había muerto y la personalidad de Leo había sufrido un drástico cambio. Aunque aún seguía invitándola a bailar en cada evento en el que se cruzaban… hasta aquel último. Pero esa vez ya no sería como las anteriores.

Gigi suspiró cuando su mirada finalmente lo halló; con expresión indiferente, él se deslizaba por la pista de baile con lady Arabella Douglas en sus brazos. Bien podría haberse tratado de cualquier otra dama con quien estuviera bailando. Sin embargo, esa sí que era una mujer que había logrado ganarse el desagrado de la mayoría de la población femenina y parte de la masculina. En su opinión, era una persona con un alma oscura que no le importaba a quién tuviera que lastimar para obtener lo que quería. Eso la volvía peligrosa. Afortunadamente su tío mantenía un cierto grado de control sobre ella y se aseguraba de solucionar cualquier problema que ella hubiese causado, pero los rumores sobre la mala sangre entre lord Byron Hunttington y ella habían circulado a granel desde el inesperado regreso de ambos a la escena londinense.

La verdad era que a Gigi no le sorprendía que la dama le hubiese puesto el ojo encima a Leo, más allá de la diferencia de edad… Aunque no podía ser de más de diez años, la realidad, por lo visto, la apremiaba incluso a ignorar ese detalle. Porque Leo era un soltero codiciado y poseedor de una reputación impoluta, no como varios de sus conocidos. Aunque al menos dos de ellos habían cambiado desde el momento en que conocieron a sus futuras esposas. Lord Alexander Kensington era el perfecto ejemplo de ello. Besaba el suelo sobre el que caminaba su esposa y la trataba como si ella fuese su único y más preciado tesoro. Lo que también había generado que muchas de las debutantes quisieran hallar eso mismo… para gran disgusto de las matronas y damas de compañía. Como si sus labores no fueran ya lo suficientemente complicadas, lo que menos necesitaban era que sus protegidas tuviesen la cabeza llenas de sueños absurdos.

Ella misma probablemente se hubiese hallado en la misma situación de no haber sido por la intervención de lord De Warenne que, cuando descubrió la responsabilidad de sus tíos debido al accidente, de inmediato, les arrebató cualquier clase de tutela que tenían tanto sobre ella como sobre Effie, y luego de mudarlas a la propiedad que sus padres habían tenido en Londres, se hizo cargo

de ambas como tan solo alguien querido podía hacerlo. Es más, ambas lo llamaban tío.

—Ojalá Effie estuviera aquí con nosotras… —suspiró su prima mientras observaba a los bailarines.

—Vamos a tener suerte si regresa para antes del final de la temporada. Lo ocurrido con… —susurró Gigi, todavía triste por la horrible experiencia vivida por su hermana.

—El tío aún tiene a un investigador detrás de su rastro.

Ambas se tensaron ante el recuerdo de Michael Thorton, un americano que había logrado seducir a su hermana y con quien hubiese huido a Gretna Green de no haber sido por la intervención de su ama de llaves, Edwina. La dama las adoraba a ambas y enseguida levantó la voz de alarma al descubrir las intenciones del maldito bastardo. Sin embargo, eso no impidió que Effie no terminase con el corazón destrozado y una profunda desconfianza hacia el sexo masculino.

—Ahí viene. —El codazo poco disimulado de su prima la apartó de sus pensamientos y Gigi vio cómo Leo se le aproximaba con su usual andar confiado. En un primer momento, creyó que él invitaría a bailar a su prima, lo cual correspondía dado que ella era la homenajeada, pero sus pasos variaron ligeramente y su penetrante mirada verde se focalizó en ella—. Te juro que no entiendo por qué es que no te corteja de manera abierta. Pareciera que solo se atreve a estar cerca de ti en los bailes.

El recuerdo de la última conversación de ambos, respecto a ese sentido, algo que ni siquiera le había mencionado a su prima, le recordó por qué las cosas entre ellos jamás iban a ser posible.

—Necesito un poco de aire. Te cedo esta pieza. —Y dicho lo cual, giró sobre sus talones y huyó del salón de baile en dirección a los enormes jardines. En su fuero interior, deseó jamás haberle preguntado a lord Saint Leger la razón de por qué bailaba con ella, pero sus atenciones no pasaban de ello.

***

Leo vio huir a la joven y, al instante, supo las razones. La última conversación entre ellos no había terminado bien, y él la había herido. No acostumbrado a que las damas realmente llevaran sus emociones a flor de piel, respondió con su usual falta de tacto.

Todo se había iniciado con un baile hacía un año atrás en la fiesta de cumpleaños de la joven Emmeline De Warenne.

—Milord, esto… lo que ocurre entre nosotros…

—¿Nuestros bailes?

—Sí… Han dado pie a muchas conjeturas.

—No sabía que a la señorita Grey le preocupase la opinión de las arpías matriarcas.

—Sí cuando eso puede afectar las posibilidades matrimoniales de mi hermanita.

—Por lo que me has dicho, Effie ya no es una niña. Puede arreglárselas por su cuenta.

El silencio de Gigi había confirmado los rumores que le habían llegado sobre el bastardo que había intentado llevársela. Pero jamás le preguntaría sobre aquello. Ese siempre pareció ser el acuerdo tácito entre ambos… O el que él se había creado para sí mismo, además de que podría tan solo ser su compañero de baile sin que hubiera consecuencias al respecto. Sin que se crease un lazo entre ellos… Pero se había equivocado porque, con cada baile que transcurría, él notaba cada vez más la manera en que ella parecía amoldarse, a la perfección, al espacio entre sus brazos, como si hubiese sido creada para estar en ellos… como si ese fuera su lugar. Ese era un error que no podía cometer. Así que, quisiera o no, su tiempo estaba llegando a su fin.

—Milord, debe entender…

—Señorita Grey, debe entender que jamás posaría mi vista en alguien como usted. No para algo serio. Entre el escándalo por lo ocurrido con su hermana, el comentado cambio en su tutela y todas las peculiaridades que se le atribuyen, definitivamente es una dama inadecuada para alguien con mi título —declaró sin miramientos, creyendo de corazón que estaba haciendo lo mejor para ella.

El dolor en la expresión de Gigi fue como una bofetada, y sintió hasta el alma todo lo que le estaba causando, pero debía asegurarse de mantenerla alejada. Jamás había sido su intención engañarla, tan solo había anhelado su compañía… y había cometido un terrible error debido a ello. Aún recordaba su mirada antes de marcharse de su lado.

—Comprendo, milord. Jamás volveré a importunarlo. Le agradezco su amabilidad durante todo este tiempo. —Dicho lo cual, se liberó de su agarre y abandonó la pista de baile en medio de un revuelo de faldas.

Luego de aquello, cada vez que se encontraban, ya fuese en la calle o en un evento diurno, ella lo evitaba como a la peste. Había creído que en el cumpleaños de su prima tendría la oportunidad de conversar y enmendar de cierta manera las cosas, pero se había equivocado porque ella, de nuevo, había huido de él. Parecía que había logrado su objetivo de manera maravillosamente exitosa… La señorita Grey ya no volvería a hablarle.

Capítulo 2

Londres, 1870

De Warenne Hall
Cumpleaños de lady Emmeline De Warenne

Gigi sonrió al ver la felicidad en el rostro de su prima Emmie. Se la veía rebosante de felicidad, solo esperaba que cierto caballero no tuviese algo que ver con la situación en cuestión. Effie aún no se había recuperado del todo de lo ocurrido un año atrás y lo último que necesitaban era otro escándalo que la relacionara con alguna clase de conducta indecorosa. Incluso, ella misma había decidido sobreponerse de lo ocurrido con lord Saint Leger, al fin y al cabo, él siempre continuó defendiéndola de cualquiera que quisiera calumniarla, así que lo mínimo que ella podía hacer era mostrarse educada y saludarlo como correspondía.

Con eso en mente, dio una rápida mirada en torno al atestado salón, pero le pareció que él no se hallaba presente. Quizás ni siquiera fuera asistir a la celebración. En las últimas semanas, rumores algo inquietantes habían estado circulando respecto al título nobiliario que ostentaba y cuestionaban la legitimidad de su derecho al mismo.

De haberse tratado de otra persona, a ella no le hubiese importado. Ella misma era una hija bastarda, a quien su padre había elegido reconocer, así como también a Effie, y consideraba que las dos eran personas decentes. Mucho más que varias de las damas que se jactaban de ser descendientes de las más antiguas familias y

cuyos corazones eran tan negros como el carbón. Por ende, si los rumores resultaban ser ciertos, él de ninguna manera sería menos caballero ante sus ojos.

—Mis más sinceras felicitaciones, lady Emmeline. —La profunda voz de Leo la sobresaltó y se giró a observarlo. No se le pasaron por alto las oscuras ojeras que indicaban, mejor que nada, el cansancio que estaba sufriendo.

—Muchas gracias, lord Alasdair. —Su prima, siempre amable, le agradeció, pero lanzó una significativa mirada en su dirección. Fue entonces que él la notó y, de inmediato, se tensó, pero, aun así, realizó una reverencia ante ella.

—Señorita Grey.

—Lord Alasdair… —Sin saber muy bien qué más decirle, respondió a su saludo, pero ambos se sostuvieron la mirada más tiempo del necesario hasta que finalmente Gigi se sonrojó y desvió la vista, momento en que Emmie aprovechó y se la llevó en otra dirección con la excusa de querer saludar a una invitada.

***

—Debo decir que me alegra haber aceptado el desafío de ese descarado lord Douglas. Es obvio que Edwina no exageraba cuando nos comentó la situación. —Desdémona no apartaba la mirada de la pareja conformada por la joven señorita Grey y lord Saint Leger—. Y con la ayuda de ella y de la madre de Leo, estoy segura de que tendremos éxito —comentó de nuevo Desdémona con satisfacción siguiendo la vista de su compañera de aventuras. En ese momento, con sus nietos unidos en matrimonio y convencidas por Selene, habían decidido que sus contactos y conocimientos sobre la nobleza podrían ser puestos en práctica con fines más útiles… Como lograr que ciertas damas consideradas *inadecuadas* hallasen a sus partidos ideales. O, al menos, tuviesen una oportunidad equitativa en el mercado matrimonial—. Convengamos que el simple hecho de tenerlas a ellas dos como aliadas es un enorme progreso para

nuestro plan porque si estuviésemos en la situación que atravesaron Cali y Alex al comienzo de su cortejo…

—Por favor, Desi, fue un simple malentendido. Sabes que adoro a tu nieta.

—Ahora, y en especial desde que nos enteramos de las buenas nuevas, porque, según recuerdo, en cierta feria, una renombrada duquesa viuda hubiese armado un escándalo mayúsculo de no haber sido por la intervención de Byron.

—Meras habladurías. Ya sabes cómo son esas cosas… —Clarisse parecía decidida a hacer lo pasado bien pisado en el olvido, y fue entonces que la señorita Hawthorne se les acercó.

—Madre, ignoro qué estás pensando, pero, por favor, tengan cuidado. Ya bastantes habladurías circulan sobre ambos —comentó Selene, sentándose junto a Desdémona. Nunca sabía qué loca idea podía crear su madre si no se la vigilaba. Y la atención que le habían estado dispensando a la señorita Grey y lord Saint Leger era algo más que alarmante. En especial porque parecía que en ese momento, en que las tres nietas habían conseguido partidos importantes, les había quedado demasiado tiempo libre y ni siquiera el terminar de organizar la boda entre Calíope y Alexander lograría mantenerlas entretenidas.

—Tranquila, cariño. Solo vamos a asegurarnos de unir a una pareja que definitivamente están destinados el uno para el otro —respondió Desdémona a su hija mientras Clarisse asentía con confianza.

Capítulo 3

Unos días más tarde

Leo se pasó una mano por el rostro. Desde hacía meses que no paraba de escuchar a su madre hablarle sobre una tal Gwen y lo maravillosa que era y cómo quería que ella lo conociera porque harían una pareja ideal.

Como si eso no hubiese sido suficiente, había descubierto que su madre continuaba comprando unas infusiones que supuestamente la ayudaban a calmarle los nervios. Incluso después de que él le pidiera expresamente que dejara de desperdiciar dinero en algo tan «inútil» cuando el doctor Walker podía prescribirle algo para sus nervios si ese era el problema.

Luego del fallecimiento de su padre, había comprendido que necesitada de un consuelo, pero consideraba que eso había ido demasiado lejos. Ya había pasado un año de su partida, tiempo más que suficiente para haber hecho el duelo correspondiente. Y también esa era la razón por la cual, en aquellos momentos, se hallaba delante de la antigua casa de estilo victoriano esperando a que, quien fuese la persona que estuviera estafando a su madre, le abriera la puerta.

—¿Lord Saint Leger? —La dama frente a él, que no podía ser otra que el ama de llaves, lo observaba asombrada, pero no dudó en permitirle ingresar. Y él no tuvo tiempo de informarle la razón de su presencia que vio aparecer a Gigi prácticamente corriendo escaleras abajo, y poco le faltó para chocar de frente con él de no haber sido

porque la sujetó de los brazos, lo que detuvo su impetuoso andar.

—¿Gigi?

—¿Leo? Perdón… Milord, ¿a qué debo el honor de su visita?

—Ignoraba que este fuera su hogar. Me parece que he sido mal informado. Busco a una joven que prepara infusiones.

—Entonces está en el lugar correcto.

—Tu ama de llaves no es la mujer que busco.

—Pero yo sí lo soy.

—¿Tú? ¿Tú estás estafando a mi madre? —La ira y la incredulidad se mezclaban en su interior.

—Perdón… Yo jamás…

—Debo reconocer que lo esperé de muchas personas, pero no de ti. Y si es como venganza por lo ocurrido entre nosotros…

—Nada ocurrió entre nosotros, milord. Solo unos bailes.

—Pues parece que no fue así o, de lo contrario, no estarías quitándole dinero a mi madre.

—Yo jamás he aceptado ni un centavo de ella.

—Las evidencias dicen lo contrario.

—Me parece que esta conversación acaba de terminar, milord. Ahora, si me disculpa, tengo muchas cosas que hacer. —Ignorándolo, se soltó de su agarre y se giró en dirección a la dama mayor—. Edwina, cuando el vizconde desee marcharse, por favor, acompáñalo.

Leo simplemente no podía creerlo. No solo la joven había negado todo lo que él acababa de decirle, sino que también se había marchado, lo que lo dejó con la palabra en la boca.

Molesto, se apresuró a abandonar la casa y a llamar a su cochero. No sería difícil seguirla dado que ella andaba a pie. Además, ¿qué tan lejos podía llegar así como estaba?

Sin embargo, cuando la vio adentrarse en la zona más pobre, se alarmó. Una dama de buena cuna no se involucraba con las clases más necesitadas. Y definitivamente no andaba sin escolta masculina en un lugar donde podían robarle o, peor, atacarla y violarla, si es que no la mataban.

—Derrick, espérame aquí. Estate atento… —le indicó Leo a su cochero que además había sido, durante mucho tiempo, el responsable de la seguridad en una compañía naviera hasta que sus caminos se cruzaron y él le ofreció un empleo más «calmo».

—Señor, sé lo que piensa, pero esa joven sabe en dónde se está metiendo —le comentó como al pasar el hombre—. Observe. Es obvio que las personas la conocen. La consideran su amiga.

Leo se giró y notó lo que le indicaba. Personas humildes se detenían a saludarla de manera afectuosa y aceptaban lo que ella les ofrecía. No se le pasó por alto que ella parecía estar entregándoles comida, medicamentos, así como también pequeñas botellas que debían de contener sus infusiones.

Sin percatarse de lo que sentía, la siguió en su recorrido y no tardó en volver a caer hechizado por su sonrisa. Comprendió lo que ellos veían. Ella los trataba con dignidad, los trataba como seres humanos y no como la escoria que todos intentaban hacerles creer que eran.

Pronto y lentamente, la oscuridad comenzó a apoderarse de los callejones y callejuelas sucias malolientes y, sin embargo, ella continuó con su recorrido. Ni siquiera cuando la lluvia comenzó a arreciar detuvo su andar. Y él la admiró por ello. Su tenacidad y valentía eran admirables, pero también preocupantes.

Una cosa era durante el día, pero ya, en aquellas horas, personajes cuestionables comenzaban a merodear. Y él se rehusaba a permitir que algo le ocurriere… no después de todo lo que acababa de descubrir.

—Está en peligro aquí. —Finalmente la alcanzó y detuvo su andar para aferrarla por el codo con firmeza.

—¿Yo? No, pero un lord remilgado como usted podría ser —le respondió con frialdad ella al tiempo que se liberó de su agarre.

—¿Y quién se cree que es usted para juzgarme?

—¿No fue acaso lo que usted hizo apenas llegó a mi hogar? ¿Qué ocurre, milord? ¿Duele recibir un poco de su propia medicina? —La dureza en su mirada lo afectó como si ella lo hubiese golpeado—. Y

ahora, si me disculpa, debo asegurarme de que la vieja Meggie y Louis se encuentren bien.

—Usted no va a ninguna parte en medio de este clima y a esta hora.

—Entonces tenemos dos opciones. O me suelta antes de que yo grite o me acompaña…, milord.

—Muy bien, señorita Grey. Usted dirige el camino.

Sin decirle una sola palabra, continuó su andar hasta que llegaron a un callejón especialmente estrecho, donde se detuvieron delante de una maltrecha puerta que ni siquiera cerraba bien.

Su sorpresa fue absoluta, pues, cuando apenas entraron, se encontró con una señora muy mayor y un niño pequeño que, de inmediato, se colgó de las faldas de Gigi, y ella se apresuró a cargarlo para llenarle la cara de besos.

Una extraña opresión se asentó en su pecho ante la escena. La manera en que la pequeña carita sucia se volvía resplandeciente, ante las obvias muestras de sincero afecto, era algo que sabía que siempre atesoraría porque era un reflejo del amor que ella era capaz de dar.

—Siéntate, Meg, por favor. Bebe la infusión que te preparé mientras yo me ocupo de todo —dijo la señorita Grey a la anciana.

—Señorita Gigi. Usted no debería estar…

—Ya lo hemos hablado millones de veces, y sí debo. —Sin permitirle decir nada más, la joven procedió a limpiar un poco el lugar y acomodar las cosas, así como a también preparar un suculento estofado que Leo sabía que la anciana, de seguro, no comía nunca, excepto cuando la joven la visitaba—. Y tú, pequeñín, necesitas un baño. Déjame encender otro fuego…

—Yo lo haré —de inmediato la interrumpió Leo.

—Milord… —La anciana dama pareció, en ese momento, genuinamente escandalizada.

—No, señora, soy un invitado en su casa. Permítame ayudar con mi parte.

Leo entonces se apresuró a abandonar la pequeña vivienda de

una sola habitación para recoger leña y aprovechó para solicitarle a su cochero asistencia con otra tarea. Cuando regresó minutos después, seguido de cerca por el hombre, no solo traía leña, sino también comida que duraría varios días.

—¡Milord! —Emocionada, la anciana lo abrazó entre medio de lágrimas y comenzó a besarle las manos hasta que Leo, al fin, logró calmarla.

Fue entonces que notó la manera peculiar en que Gigi lo observaba.

—Lo sé, es muy fácil para un vizconde remilgado como yo gastar unas monedas y conseguir comida.

—No. Lo fácil para un lord remilgado habría sido no seguirme y dejarme liberada a mi suerte. Ignorar a todas estas personas… y usted no lo hizo.

La vio dudar unos instantes, pero finalmente estiró una mano enguantada, le acarició el dorso de la suya y le susurró un «gracias». Esa vez, la sensación que se instaló en su masculino pecho no fue como nada que hubiera sentido antes y sabía que Gigi era la única responsable de ello. Acostumbrado a lidiar con damas vanas y superficiales, Gigi Grey, sin duda alguna, era totalmente lo opuesto. Podía vestirse y tener los mismos modales, pero, debajo de esa fachada, latía un corazón generoso… que estaba logrando que el suyo latiera con desenfreno.

***

Gigi podía sentir cómo el corazón le latía desbocado y cómo el sonrojo se apoderaba de su rostro. La risa divertida de Louis atrajo su atención y vio al pequeño fascinado con el reloj de bolsillo del vizconde. Estaba por indicarle al pequeño que no lo molestase cuando Leo se sentó en una silla y lo acomodó sobre su rodilla, donde procedió a sacarse el objeto del bolsillo para mostrárselo.

—No *fuciona* —declaró el pequeño con su vocabulario limitado.

—Así es, pero ¿sabes por qué es especial para mí?

El niño negó con la cabeza mientras lo miraba con ojos grandes, obviamente que impresionado con el amable hombre que, en vez de golpearlo o maltratarlo, le dedicaba toda su atención.

—Era de mi padre. Nunca encontré a alguien de confianza a quien poder entregárselo para que lo repare. Y ahora… si prometes hacerle caso a la señorita Gigi y bañarte, yo te lo prestaré. —Aquello hizo que el pequeño enseguida se pusiera de pie y se quitara toda la ropa más que listo para recibir su premio.

—¡Louis! ¡Vas a pescar un resfriado! —exclamó Gigi entre risas mientras se apresuraba a cubrirlo con su chal para cargarlo hasta depositarlo dentro de una improvisada tina hecha con un tonel de *whisky*. El pequeño rio y se sumergió por completo para luego comenzar a chapotear, salpicando a la joven en el proceso.

—Ella va a ser una gran madre algún día —le susurró la anciana al notar la dirección de la mirada de Leo—. Solo necesita a un hombre que sea digno de ella.

—Yo no soy ese, madame.

—Yo no estaría tan segura, vizconde —le respondió con perspicacia, y luego procedió a preparar un poco de pan con queso y se los ofreció. Cenaron entre medio de risas y conversaciones hasta que pronto llegó la noche.

—Milady, usted ya debe marcharse. Edwina debe estar preocupada por usted —dijo la anciana dirigiendo su mirada hacia la penumbra apenas iluminada por alguna farola.

—Meg, ella sabe dónde estoy.

—De todas maneras, no es correcto que una dama ande a solas a estas horas de la noche. Usted la acompañará de regreso a su hogar. ¿No es así, vizconde? —lo instó la anciana. El brillo travieso en su mirada le dio la pauta de cuál era su verdadero plan. Y él no pudo más que sonreírle agradecido por haberse convertido en su cómplice. Por lo visto, no estaba siendo nada disimulado con el interés que Gigi le despertaba y que sabía que, luego de aquella noche, no disminuiría en lo más mínimo…, sino todo lo contrario.

—Por supuesto que sí, madame.

—No es…

—Sí es necesario, Gigi. Ni creas, por un instante, que voy a permitir que andes vagando por ahí con las cosas que han estado pasando. Y no me digas que no es nada porque todos saben sobre los asaltos que han estado ocurriendo.

—Milord…

—Gigi, por favor, permíteme hacerlo.

El sonrojo que cubrió sus mejillas fue la mejor respuesta a su pedido, pero el susto en la mirada era claro, hasta que ella asintió con timidez. Leo le ofreció su brazo y ella aceptó.

En silencio hicieron el recorrido hasta que Derrick los recibió. Su mirada intimidante y el tamaño de su cuerpo aseguraron que el carruaje y ellos mismos estuvieran sanos y salvos hasta que Gigi concluyera con la visita.

Una vez dentro, la oscuridad los rodeó, lo que les ofreció una intimidad que no les resultó para nada incómoda.

—¿Él es su nieto?

—Algo así. Sé que no hay relación sanguínea, pero Meggie adopta pequeños que han perdido a sus madres. Aunque sé que desearía poder hacer más con tantos niños abandonados que hay por las calles.

—Por eso tú la ayudas como puedes…

—Desearía poder hacer más. Ver esas caritas sucias abandonadas en las calles, librados a su suerte.

—Señorita Grey…

—Gigi.

—Gigi, sé que quizás no me creas, pero si de alguna manera puedo ayudarte… ayudarlos…

—Gracias, milord.

—Leo…

—Gracias, Leo.

Y así, el resto del viaje fue hecho en confortable silencio.

Ya cerca de la medianoche, el carruaje se detuvo delante de la casa victoriana. Y Leo la escoltó hasta la puerta principal, donde

Edwina los recibió, pero se apresuró a desaparecer en la parte posterior de la casa una vez que ambos estuvieron adentro.

—De nuevo, gracias por todo, milord…

—*Leo*, por favor, señorita Grey.

—Creo que esta conversación ya la tuvimos antes…, *Leo*.

—Así es.

***

Un mensajero partió, en medio de la noche, mientras el carruaje de lord Saint Leger se alejaba calle abajo. En su bolsillo, llevaba dos mensajes escritos por una exultante Edwina, su niña finalmente había obtenido aquello que tanto anhelaba.

Ciertas damas estarían más que rebosantes de dicha al descubrir que su plan ya estaba en marcha. Unas pocas palabras así se lo confirmaron:

El león ha sido cautivado por la gacela.

Capítulo 4

Londres, 1842

Mansión Saint Leger

Leo, al igual que siempre, ingresó corriendo a la casa, con un pequeño tesoro atrapado en sus pequeñas manos. A último momento, recordó que su institutriz lo amonestaría severamente si lo descubría, así que detuvo su andar y caminó con toda la lentitud que le fue posible en dirección al escritorio de su padre. Sabía que, a menudo, su madre lo acompañaba a aquellas horas de la noche y pasaban un rato conversando mientras él le relataba todo lo ocurrido a lo largo del día.

Las puertas ligeramente entreabiertas y el haz de luz, que iluminaba el pasillo, le indicó que sus padres seguían la misma tradición de siempre. Feliz, estaba por llamarlos a viva voz cuando escuchó el llanto ahogado de su madre. Eso detuvo su andar.

—¿Estás… estás seguro de que nadie lo sabrá?

—Me aseguraré de que así sea, Martha.

—Pero… si alguien llega a descubrir que Leo…

—Nadie nunca lo sabrá. Ahora solo nosotros sabemos ese secreto y así continuará siendo. Te lo juro.

Confundido, se acuclilló junto a la puerta con su sorpresa firmemente sujeta entre sus manos, que parecía intuir porque tampoco emitió croado alguno.

—James…, tengo miedo. Él es mi niño. Siempre lo ha sido —susurró su madre de nuevo entre lágrimas mientas su padre se

apresuraba a estrecharla contra su pecho—. Incluso aunque yo no lo haya traído a este mundo…

—Él es tu pequeño león. Nunca nada va a cambiar eso, pero nadie debe enterarse jamás de sus verdaderos orígenes, Martha. No por nosotros, sino porque eso lo arruinaría. Todo su futuro se volvería cenizas.

—¿Mamá? ¿Papá? —Al fin susurró asustado. A sus ocho años, comprendía lo suficiente de la conversación como para saber que jamás debió haberla escuchado.

—¿Leo? ¿Cariño? —inquirió Martha para luego hundir su preocupada mirada en su esposo—. James…

Sin perder la calma, el hombre se le acercó y lo levantó en brazos.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó mientras los acomodaba a ambos sobre el sillón cerca del fuego y le daba tiempo a su esposa para recomponerse.

El pequeño abrió las manos y la pequeña ranita croó sorprendida por la repentina luz.

—Estaba en el estanque… sola. Es muy pequeña…

—Así es, Leo, pero debes devolverla. Su hogar está allá, afuera, y su familia la va a extrañar si no la encuentra —susurró con dulzura el hombre, y luego besó los alborotados cabellos azabaches del niño.

—¿Como mi hogar es con mamá y contigo? —preguntó con demasiada seriedad para alguien de su edad.

—Eres nuestro hijo. Este siempre va a ser tu hogar.

—Pero mamá dijo…

—Que te ama con todo su ser y eres la luz de sus ojos. Eso jamás va a cambiar, leoncito. Ahora, dale un beso y luego regresaremos a tu amiguita a su propio hogar —declaró el hombre ante la mirada agradecida de su esposa.

—Te amo, mamá.

—Y yo a ti, mi pequeño y valiente león.

La dama vio al hombre y luego al pequeño abandonar la habitación tomados de la mano, y se hizo una promesa a sí misma.

Más allá de cuales fueran los deberes en relación al título nobiliario que el jovencito heredaría, jamás permitiría que eso se interpusiera en el camino de la felicidad de su hijo. Al demonio con las posibles consecuencias. Su secreto ya estaba a salvo y así se mantendría.

***

Leo se pasó una mano por el rostro mientras lo ocurrido aquella noche regresaba a su mente, sumado a la conversación que había sostenido nuevamente con su madre. Siempre en torno a lo mismo: la necesidad que tenía el título de que él se comprometiera con una dama adecuada que le diese un heredero. Sin embargo, luego de su encuentro con Gigi, su rostro era el único que surgía en su mente cada vez que pensaba en posibles damas para que ocuparan el puesto de vizcondesa.

Él carecía de la habilidad necesaria para lidiar con esas damas remilgadas que eran perfectas para esa posición. Apenas si las toleraba cuando se le aproximaban con alguna superficial excusa para sostener una conversación con él. O apelaban a su sentido de la caballerosidad para antever su atención. Gigi no podía ser más opuesta a todo ello y, sin embargo, no había nadie más inadecuada que ella. No porque no fuese una heredera, sino por sus peculiaridades. ¿Qué clase de vizcondesa andaba caminando por el lodo en los barrios bajos de Londres para ofrecer ayuda a los más necesitados? Una dama realizaba beneficencia, pero lo hacía desde la seguridad de su hogar donde organizaba eventos para recaudar fondos para ello. Sin embargo, su mente volvía a Gigi como portadora del título de su familia y su corazón comenzaba a latir enloquecido mientras la sangre se le espesaba. Más le valía hallar pronto a la dama que ocupase el título de esposa a su lado o, de lo contrario, enloquecería. Tan solo debía mantenerse lo más lejos posible de Gigi Grey.

Capítulo 5

Ajena a los pensamientos de cierto caballero, Gigi inhaló hondo para sentir el aroma de su más reciente creación, posible gracias a las hierbas que la duquesa viuda de Kensington —o lady Clarisse, como insistió en que la llamase— le permitió recoger de su invernadero.

Con la llegada del invierno, el calor de la infusión era un alivio bienvenido para la molestia en sus manos que, incluso enfundadas en sus abrigados guantes marrones, sufrían las bajas temperaturas.

Su tarde sería perfecta de no ser por el evento al que, tanto la dama como su mejor amiga, lady Desdémona Hawthorne, insistieron en que debía asistir, aunque la idea de tener que pasar la tarde viendo cómo la aristocracia la miraba por arriba de la nariz no era lo que ella consideraba como «momento placentero». Si tan solo su prima Emmeline hubiese podido acompañarla, habría sido un alivio, pero lord De Warenne no había estado sintiéndose bien desde hacía unos días y la joven prefirió hacerle compañía.

Cuando Edwina anunció que lady Kensington había enviado a su cochero para recogerla, maldijo para sus adentros. Había abrigado las esperanzas de que la dama hubiese olvidado su ofrecimiento para así escabullirse de asistir. Sin embargo, luego de tomarse un buen tiempo para vestirse y perder aún más con el peinado, se encontró con el carruaje frente a su hogar, y así supo que no tenía escapatoria.

Ignoraba por qué habían insistido tanto en invitarla, les agradecía

de todo corazón las buenas intenciones, pero no podía más que sentirse incómoda con todas las miradas desdeñosas que estaba recibiendo. Sabía que, al no ser de sangre noble, la consideraban inferior y tan solo una trepadora, pero ella no tenía intención alguna de lamerles las botas para ser aceptada.

En tres años, si era que no contraía matrimonio antes, tendría acceso al fideicomiso que sus padres le habían dejado como herencia, lo que implicaba que no tendría necesidad de un marido por obligación a su lado. Sin mencionar los pequeñísimos detalles de que solo un hombre le había llamado la atención desde su debut en sociedad y sabía que él jamás consideraría cortejarla… ya lo había dejado en claro, aunque no se correspondía por completo con su actitud la última vez que estuvieron juntos. Él la confundía, y eso no le agradaba. Durante el último año, creyó que todo estaba terminado entre ellos… y, en ese momento, ocurría eso.

Mientras recorría los jardines fue cuando notó su presencia, que había pasado por alto, aunque no estaba segura de cómo eso había sido posible dado que parecía que él estaba constantemente en sus pensamientos. El mismísimo lord Saint Leger se hallaba conversando con lady Selene Hawthorne, y eso le dio la oportunidad perfecta a Gigi de poder observarlo desde su lugar, bajo la sombra de un árbol.

No lograba comprender cómo era posible que aún ninguna dama lo hubiese capturado.

—Es muy apuesto, ¿no es así?

Sonrojada, desvió el rostro en dirección a la joven que se le había aproximado y se sorprendió al descubrir que una de las herederas Callahan se había acercado a hablarle.

—No te preocupes. No le diré a nadie que lo estabas observando. Con mis hermanas también lo hacemos. Hay muchos caballeros apuestos aquí.

—Yo…

—Soy Bianca.

—Una de las señoritas Callahan. Han estado en boca de todos con ese asunto de las casi floreros.

—Eso es bueno saberlo. Aunque Bea no está muy contenta con eso y nuestra madre puso el grito en el cielo en un primer momento. Por suerte ya se calmó y, dado que nos tiene en el centro de todos los cotilleos, considera que eso es algo bueno para atraer la atención de los caballeros.

Gigi no pudo más que reír al oírla decir aquello. Ambas eran herederas, pero, por lo visto, sus situaciones era muy diferentes. Inconscientemente se refregó las manos ocultas en sus guantes marrones.

—Amo tus guantes.

—¿Perdón?

—Se ven tan cómodos y cálidos. Madre está obsesionada con seguir el último grito de la moda, así que a menudo terminamos medio asfixiadas y congeladas debido a ello. Te veo a ti usándolos y ruego que se vuelvan una moda, tal como parece estar ocurriendo con las cintas de colores en las muñecas.

Gigi había escuchado algo al respecto y había visto a varias damas que comenzaban a usarlas, pero ignoraba quién había sido la dama precursora de tal estilo. Aunque si lo mismo ocurría con sus guantes, eso sí que sería toda una ventaja para ella.

—Tu caballero nos ha visto. Me retiro…

—No es necesario.

—Claro que sí. En especial viendo la expresión decidida de su rostro. —Dicho lo cual, la joven se apresuró a alejarse, y Leo se detuvo frente a Gigi.

***

Leo le sonrió a la amable dama. Por la mañana, había recibido su misiva en la que le informaba sobre su interés en adquirir un ejemplar de sus caballos para su recientemente casada sobrina, quien no era otra que lady Calíope Kensington. Leo ignoraba si el esposo, Alexander, estaba al tanto del deseo de su joven mujer por procurarle una nueva montura, pero sabía que el hombre cuidaba de

los animales, así que, con gusto, le vendería uno de los mismos.

Sin embargo, en mitad de la conversación, sintió lo que no podía ser descripto como nada más que una caricia al alma y no tardó en hallar a la fuente de la misma cuando encontró a Gigi de pie, a unos metros de distancia, conversando con una joven dama. La sombra del árbol no le permitió discernir con claridad su rostro, pero no le cabía ninguna duda de que era ella.

—Si me disculpa, milady Selene… —A pesar de haberse prometido a sí mismo que no iría a buscarla más y que de sus caminos cruzarse se mantendría lo más alejado posible, no tardó en hallarse de nuevo frente a Gigi. Su adorable sonrojo: la mejor señal del efecto que causaba en ella.

—Gigi…

—Lady Desdémona y lady Clarisse insistieron en que viniera, pero, en realidad, preferiría estar en casa bebiendo una taza de té y leyendo alguno de los libros que mi amiga Eliza me envió.

Divertido por su respuesta, no pudo más que sonreír al oírla. Definitivamente Gigi era lo más alejado que había al prototipo de vizcondesa y, sin embargo, su mente parecía cada vez más alinearse con su corazón. Tan solo sería cuestión de convencer a su madre.

—Gigi…

—Mis disculpas, señorita Grey. —El mensajero no era otro que el muchacho de los recados del hogar de lord De Warenne y que, pálido y con el rostro desencajado, le entregó una misiva a la joven.

Leo, extrañado, la vio abrirla y sus manos le temblaron hasta que se llevó una a la boca. Y enseguida le mostró la nota.

Gigi:

El tío ha empeorado. Estoy muy asustada. El médico recomendó que el aire de campo le haría bien. Por favor, te necesitamos con nosotros.

Emmie

—Leo…

—Mi cochero nos llevará. Permíteme escoltarte. Tu familia te necesita. —Y supo que lo que había entre ellos tendría que esperar a

su regreso porque ya bastantes preocupaciones iría a tener, y no necesitaba que él le sumara más cosas a su nueva situación.

Capítulo 6

Dos semanas más tarde

Apesadumbrada, Gigi observó la oscuridad que rodeaba el carruaje. Pese a estar en la era de la Revolución Industrial, los caminos rurales en torno a Londres aún mantenían su estado natural. Y en las noches nubladas, como aquella, tan solo sombras lograban discernirse a lo largo del vasto paisaje. Aunque, con el estado de ánimo de aquel momento, el clima estaba acorde a sus emociones.

Aún no podía creer que su tío había fallecido. Todo fue tan rápido e inesperado. Habían estado conversando como si nada, riendo e incluso había mencionado a lord Saint Leger en la conversación, lo que la había hecho sonrojarse, y dio a entender que sería bien visto si ella lo escogía como pretendiente. Bebieron té por la tarde y luego él había decidido ir a recostarse. Todo fue normal hasta la hora de la cena, momento en que ambas fueron a levantarlo…, pero él ya no despertó. Su único consuelo fue que se veía en paz, aunque de ninguna manera hacía que la situación fuese menos dolorosa. En especial para Emmie, a quien el hombre había criado como si fuese su propia hija.

En parte esa era la razón de su retorno a Londres. Había recaído en ella la organización del funeral y el tener que notificar al abogado. Su prima estaba destrozada y demasiado alterada para poder cumplir las que debían ser sus funciones, pero a Gigi le aliviaba el poder ser útil de cualquier forma posible.

Perdida en sus pensamientos, no fue consciente de que el carruaje se detuvo hasta que escuchó un sonido extraño y el rostro desencajado de Rupert fue lo primero que apareció ante sus ojos cuando se abrió la puerta.

—Lo-lo siento, señorita.

—¿Rupert?¿Qué ocurre?

—Buenas noches, señorita… —La nueva voz la tomó por sorpresa y vio cómo dos figuras masculinas apartaban al anciano cochero y la apuntaban a ella con sus armas—. Entregue todo lo que tiene y luego podrá marcharse.

—Mucho cuidado, señorita Gigi —le advirtió el anciano mientras recuperaba el equilibrio y buscaba algo con lo que protegerla—. ¡Son asalta caminos!

Lo último que ella quería era que él sufriese herida alguna.

—Solo tengo mis joyas y un pequeño bolso con dinero. Si desean llevarse mi equipaje con ustedes, adelante, caballeros —se apresuró a responderles con el fin de finalizar la situación cuanto antes.

Había escuchado rumores al respecto de otros viajeros, pero jamás creyó ella sería víctima de un atraco. Aunque, con la situación entre las clases más bajas, no le sorprendía que hubiesen recurrido a semejantes técnicas. Más allá del trabajo que la llegada de la industria había traído consigo, la idea de que niños y mujeres fueran explotados hasta la muerte le era aborrecible.

—Se la ve muy calma, señorita. ¿Qué se trae entre manos?

—Nada. Comprendo que necesitan alimentar a sus familias. —Fue su respuesta, sencilla y directa, mientras elevaba ligeramente el mentón. Podía estar asustada con lo que ocurría, pero no se iba a dejar amedrentar por lo que estaba pasando.

—Así que la zorrita cree entender nuestra situación… Nuestras necesidades. —Las miradas de los hombres se volvieron repentinamente lascivas, y ella se apresuró a moverse tan lejos como el espacio confinado del carruaje se lo permitió. Pero el instante en que una mano se apoyó sobre su falda y ella la pateó, un tiro pareció resonar por todos lados, lo que la aturdió

momentáneamente.

Para cuando logró recuperarse, se encontró con una mirada de lo más penetrante y llamativa. Un ojo color miel y el otro de un profundo azul la observaban con atención. Si le sorprendió que anduviera con la cara descubierta, no lo mencionó, aunque no se le pasó por alto el cabello leonino y ligeramente largo ni lo apuesto que ese nuevo asaltante era.

—Si me pone una mano encima, lo mato —logró decir al fin Gigi, y no bromeaba. Llevaba oculta debajo de la falda una aguja de tejer, consejo de Edwina. En caso hallarse alguna vez en peligro, no debía dudar en usarla si el desconocido se le acercaba más de la cuenta.

—Le creo, milady, y precisamente por eso mi hombre jamás volverá a molestarla. Ni a usted ni a nadie. Somos forajidos, no violadores —declaró con frialdad mientras devolvía el arma, que había llevado en la mano, de regreso a su cinto—. Agradecemos su ofrecimiento y le aseguramos un viaje seguro a usted y a su cochero.

Él se apresuró a apearse del carruaje, pero ella se movió con más rapidez y le apoyó con suavidad una mano en el antebrazo.

—¿Nos conocemos? —Pese a su amenaza, algún recuerdo perdido no dejaba de susurrarle que él le era familiar. O al menos sus ojos lo eran, pero no lograba recordar de dónde.

—Me debe confundir con alguien más, milady. Alguien como usted… Estas son las únicas circunstancias en las cuales podríamos cruzarnos —se apresuró a negar el desconocido, quizás con demasiada rapidez.

—Sé que esto le va a parecer raro, pero… si va a King´s Cross, pregunte por la vieja Meg. Ella sabrá cómo hacerme llegar un mensaje. Soy la señorita Gigi Grey, señor…

Por unos instantes, creyó que él no iba a responderle, pero finalmente asintió de manera cansada, retrocedió unos pasos y realizó una galante reverencia antes de volver a hablar.

—Aidan Ó Faoláin, señorita Grey.

Dicho lo cual, se alejó en las sombras seguido de cerca por tan

solo un hombre, pues el otro de sus secuaces yacía inmóvil en el suelo.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó el cochero mientras se le acercaba tan rápido como sus cansadas piernas se lo permitían.

—Sí, Rupert. ¿Y tú?

—Sí, señorita. Ahora, por favor, apresurémonos a regresar a Londres —la instó el hombre, y, tan pronto ella estuvo a salvo dentro del carruaje, emprendieron la marcha.

En ese momento, tan solo debía convencer al hombre de que no habían visto los rostros de quienes los asaltaron, porque ella estaba segura de que conocía al tal Aidan Ó Faoláin, pero no lograba recordar de dónde.

***

Las noticias del fallecimiento del anciano lord De Warenne no habían tardado en llegar a Londres. Y esa era la razón por la cual Leo se hallaba detenido delante de la casa de Gigi. Aunque le había llamado la atención aún no haber visto a la elusiva Effie, no le había costado averiguar lo ocurrido hacía un tiempo atrás y comprendía la reticencia de la joven por regresar a la ciudad.

Las lenguas viperinas jamás serían amables con semejante escándalo. Incluso si la dama en cuestión había mantenido su virtud, ya que jamás había abandonado la seguridad de su hogar, tan solo la reputación de semejante individuo la había mancillado para siempre. Lo único que le aseguraba las puertas abiertas de la buena sociedad era la dote que iba a recibir tan pronto contrajera matrimonio, o los veinticinco años de edad. Una edad algo elevada, en su opinión, pero por lo visto sus padres habían tenido fe absoluta en que sus hijas se casarían antes de volverse solteronas. Por eso ambos habían dispuesto que aquellas fortunas solo las cobrarían o bien una vez que contrajeran matrimonio, o bien cuando cumplieran los veinticinco años para que dispusieran de las mismas por más que

estuviesen solteras.

Movimientos en el exterior atrajeron su atención y se encontró observando el perfil de Gigi mientras bajaba del carruaje asistida por su cochero, Rupert. Se la veía pálida y compungida y, por unos instantes, deseó abandonar el refugio de su propio vehículo para ir a consolarla, pero sabía que eso no era apropiado. Ni siquiera con la presencia de Edwina como chaperona mantendría a salvo la reputación de Gigi, y lo último que ella necesitaba eran más problemas.

—Derrick, marchémonos.

—Sí, milord.

Capítulo 7

Una semana más tarde

Gigi, aún consternada, no podía creer lo que el abogado les había informado. Y comprendía a la perfección la reacción de su prima. Lord De Warenne siempre les había hecho creer que todos sus negocios marchaban a la perfección y, en ese momento, acababan de descubrir que no era así. De hecho, habían hecho tan malos negocios que, a excepción de la casa que la familia mantenía en la ciudad y la antigua propiedad en el campo, el título no poseía riqueza alguna. Los usureros se habían asegurado de cobrarse todas las deudas que quedaban. Y si el nuevo heredero no se apresuraba a solucionar la situación, podían perderlo todo.

Como si eso no hubiese sido suficiente, Gigi fue informada de que su tutela también había quedado a cargo de este desconocido y, según parecía, él tenía derecho a cambiar las estipulaciones de cuándo ella recibiría su fideicomiso. El anciano lord De Warenne había sido un maravilloso tutor para con ella, pero este nuevo hombre la preocupaba y asustaba por partes iguales. No quería perder la libertad de la cual gozaba y que incluía su decisión de cuándo y con quién contraer matrimonio.

—Cariño, lady Clarisse envió esto para ti. Le pareció que podría resultarte interesante —le informó Edwina mientras le entregaba un sobre lacrado.

Extrañada, abrió el mensaje para hallarse con todo un informe completo sobre el hombre que, hasta instantes atrás, había sido un

completo desconocido. Su nuevo tutor: Lucien Arthur Devlin De Warenne. Y enseguida supo que tanto su prima como ella se hallaban en un problema. Aunque no era algo que se discutiera de forma abierta, todos habían escuchado sobre esa rama de la familia que vivía casi exiliada de la nobleza, pese a pertenecer a una de las líneas más antiguas, y todo era precisamente por ese maldito tercer nombre… Devlin… El demonio.

Gigi recordaba haber escuchado la historia de niña. Se rumoreaba que uno de sus antepasados había hecho un trato con el diablo para obtener tierras y riquezas cuando llegaron a conquistar Bretaña y, en el proceso, él mismo se convirtió en uno. Otros decían que el trato había sido hecho con gitanos, y cuando este se negó a cumplir una promesa hecha, la reina de los gitanos lo maldijo… lo condenó a convertirse en aquello que negaba ser.

—Gigi, hay algo más… —La palidez en el rostro de Edwina le indicó que las noticias no eran buenas y, con manos temblorosas, le entregó una nueva misiva. La abrió sintiendo que el corazón comenzaba a latirle desbocado.

Entre nerviosa y asustada, descubrió que acababa de ser convocada a una reunión con su nuevo tutor y no era una solicitud. Era una orden. En dos horas, se la esperaba en la casa en la cual había pasado tanto tiempo de niña jugando con Emmeline y luego con Effie.

Su rostro debió decirlo todo porque Edwina, de inmediato, se apresuró a ayudarla a prepararse e incluso solicitó un carruaje para que la llevase hasta su destino. Sin embargo, no supo que tan poco estaba preparada para ese encuentro hasta que se halló frente a las puertas del despacho y vio a su prima salir corriendo del interior de la habitación hecha un mar de lágrimas.

—¿Emmie?

—Las historias son verdad. Es un monstruo —declaró la joven, y rompió a llorar aun con más fuerza. El resto de sus palabras fueron inteligibles y no fue hasta que apareció una sirviente, a la que le solicitó que le preparase a su prima una de sus infusiones calmantes

y le agregara un poco de *brandy*, que logró procesar lo que acababa de ocurrir.

—¿Señorita Grey? Lord De Warenne la espera. —Hasta la usualmente afable ama de llaves parecía tensa y retraída. Sin saber qué más decir, Gigi asintió e ingresó al despacho.

—No puede echar a mi prima a la calle —barboteó al instante. Diablo o no, no iba a permitir que su prima quedase desamparada—. Ella es aún una debutante. Tiene otra temporada más para conseguir una propuesta matrimonial provechosa.

La mirada que recibió en respuesta le indicó que se hallaba frente a un hombre que, más allá de ser impresionantemente apuesto, era frío y distante. Por unos instantes, Gigi se preguntó si los rumores no eran verdad y carecía por completo de corazón.

—Esta casa no puede permitirse invertir más dinero en ella. Una temporada más o no, ya es casi una solterona.

—Por favor, milord. Acaba de fallecer mi tío. Si ella se presenta esta temporada, será mal visto, y ya bastantes rumores circulan respecto a… nosotras. —A último momento, cambió sus palabras porque lo que menos necesitaba era incitar la ira del hombre de pie frente a ella—. Por favor…, milord, usted es ahora mi tutor. Sabe de cuánto es mi dote. Descuente de la misma los gastos de Emmeline de esta temporada, incluso si no se va a presentar, y también los de la temporada que viene. Sabe que puedo permitírmelo.

—¿Estás dispuesta a hacer ese sacrificio por ella?

—Somos familia. —Fue su única respuesta. Dicho lo cual, se levantó de su lugar y, antes de marcharse, antes de que el coraje la abandonase y sus piernas cedieran bajo su propio peso, volvió a hablar—. Otra cosa, milord, Emmeline jamás debe enterarse de nuestro acuerdo. Ella debe hacer su duelo en paz y sabiendo que la próxima temporada va a poder regresar.

Cuando unas horas más tarde recibió una copia donde el nuevo lord De Warenne aceptaba los términos que ella le había propuesto, no dudó en firmarla y enviar la copia de regreso… aunque la música que la acompañaba le recordó lo precaria que su propia posición se

había vuelto.

Ignoraba los términos en profundidad de su situación, pero según lo que le acababan de informar, si no se aseguraba una propuesta matrimonial pronto, su propia vida se volvería complicada porque apenas recibiría suficiente para mantenerse a sí misma luego de cumplir los veinticinco años. Lo único que tenía a su favor era que aún tenía tiempo. Solo necesitaba hallar al candidato ideal, pero ¿qué hombre decente querría desposarla con sus cicatrices y peculiaridad?

***

Luego de las novedades que Derrick le trajo, Leo estaba hallando cada vez más difícil mantenerse lejos de Gigi. Según su cochero, la joven le había hecho frente a su nuevo tutor, para marcharse hecha una furia y, horas más tarde, este le había hecho llegar unos papeles de índole legal.

Sabía que, llegado el caso, Derrick podría conseguírselos, pero no deseaba invadir la privacidad de la joven de esa manera. En especial porque aún él no terminaba de tener en claro qué iba a hacer. Porque su corazón y su mente todavía se encontraban en un constante batallar.

—Derrick, consigue a uno de tus hombres. Que la siga y se asegure de que ella esté a salvo en sus diarias visitas a King´s Cross.

—Creí que usted la acompañaría de nuevo, milord.

—Eso… no es una buena idea de momento, amigo, pero quiero estar seguro de que nada ni nadie pueda representar peligro alguno. Sé que los habitantes la adoran, pero nunca se sabe si hay algún bastardo que confunda sus atenciones con algo más y desee aprovecharse de las mismas.

—Por supuesto, milord —respondió Derrick, y se apresuró a cumplir su cometido, aunque en su mente estaba formulando su propio plan para la conversación que era imperativo sostener con la

vizcondesa viuda porque parecía que su amo había malinterpretado lo que se le había exigido y corría el riesgo de perder a la joven si no actuaba pronto. Cicatrices o no, ella no permanecería soltera por siempre.

Capítulo 8

Unos días más tarde

Los rumores sobre el nuevo lord De Warenne no tardaron en esparcirse como reguero de pólvora. Gigi se alegraba de que su prima estuviera encerrada en su casa porque algunas de las cosas que ya había oído eran simplemente descabelladas.

Lo único que había logrado sacar en limpio era que su tutor, Lucien, era el mayor de nueve hermanos y que pronto todos se mudarían a la mansión De Warenne. Más allá de ese punto, los relatos tomaban un tono fantasioso que no tardaría en llegar a oídos de Su Majestad y ahí sí que sería interesante descubrir la reacción del monarca.

Con una taza de té en la mano y con la mirada fija en una de sus ventanas, observó la escena de afuera en la calle. Edwina había salido a hacer las compras y, dado que tan solo estaban ellas dos, una cocinera y una doncella, no era que alguien fuera a interrumpir su momento de descanso. Y vaya que lo necesitaba.

Aún no había podido volver a conversar con Leo, pero su mente, constante, le recordaba la expresión en el rostro de este la última vez que se habían encontrado. Estaba segura de que algo había estado por decirle, algo importante, pero la interrupción del mensajero lo detuvo.

Ella tampoco había tenido el coraje para contactarlo una vez que regresó a Londres, principalmente porque había oído y visto a Leo más de una vez en compañía de diversas damas, y se terminó de

convencer de que todo había sido un producto de su sobreestimulada imaginación. Además, ¿por qué habría de haber cambiado de idea sobre lo que le había dicho hacía un año atrás?

Bebió otro sorbo de té y fue cuando escuchó movimientos en las cocinas. Le pareció extraño que, siendo un domingo, hubiese alguien en la casa, dado que a menudo tanto la cocinera como la doncella asistían a misa y sabía que, luego de ello, cada una visitaba a sus familiares por varias horas.

Eso hizo que sus pensamientos volvieran a su hermana Effie que, aún recluida en la casa de un pariente en el campo, no había querido saber nada con regresar a la ciudad. Ni siquiera cuando ella le mencionó, con lujo de detalle, todo lo ocurrido con su nuevo tutor. De hecho, eso tan solo pareció solidificar la decisión de su hermana por mantenerse lo más alejada posible de Londres para así poder volverse soltera. Sin embargo, Gigi tenía sus serias dudas acerca de que su tutor se lo fuera a permitir. Si ambas conseguían matrimonios provechosos, eso le aseguraba al mismo recibir un cuantioso estipendio en compensación por perder la fortuna que, de lo contrario, pasaría a su control. Se lo mirase por donde se lo mirase, el nuevo lord De Warenne salía ganando. A pesar de saber que así era como se esperaba que fuera, eso molestaba a Gigi. De haberse tratado de un hombre amable y comprensivo no hubiese puesto objeción alguna, pero siendo como era él… se casaría mañana mismo, aunque fuera para que no pudiera ponerle las manos encima a todo su fideicomiso.

***

Leo observó con aburrimiento a las damas presentes. Aunque muchas de ellas eran muy bellas, su mente solo podía focalizarse en una sonrisa que eclipsaba al mismo sol, en la manera en que unas manos cubiertas por unos suaves guantes marrones se amoldaban a la perfección a las suyas mientras ambos se deslizaban por la pista. No se le había pasado por alto cómo, a veces, ella movía los dedos

como si estuviesen acariciando las teclas de un piano. A pesar de sus constantes encuentros, nunca se había atrevido a preguntarle nada al respecto y comenzaba a lamentarlo.

Empezaba a lamentarse muchas cosas y ninguna de ellas era que su corazón hubiese escogido a Gigi. Aunque su cabeza constantemente le recordaba que eso no era posible y que su tradicional madre jamás la vería con buenos ojos para el papel de vizcondesa, eso no le importaba nada a su corazón… porque, al final del día, él quería algo como lo que sus padres habían tenido. Ese amor profundo y absoluto, tan fuerte que su madre no dudó en criarlo como si él fuese hijo suyo cuando bien pudo haberlo hecho a un lado cuando se descubrió su existencia. Y ahí estaba el quid de la cuestión.

Su corazón podía anhelar a Gigi, pero la idea de decepcionar a su madre en la única cosa que le pidió…, que hallase una esposa adecuada para heredar el título familiar, era algo que lo desgarraba por dentro.

Su familia siempre lo había sido todo para él y, considerando que sus hermanas estaban a un año de debutar, si su secreto se sabía… su familia quedaría en la ruina y ellas quedarían en la calle y dependerían de la amabilidad de algún pariente que se vería en la obligación de ayudarlas por caridad, aunque aprovecharía cada oportunidad posible para refregarles en el rostro lo que habían perdido.

Él jamás iba a permitir que ellas viviesen eso. Incluso si lo hacía a sabiendas de estar sacrificando su más grande anhelo. De todas las damas debutantes, jamás creyó que caería rendido a los pies de la adorable y peculiar señorita Grey.

Capítulo 9

Londres, 1867

Residencia Grey

Gigi intentó no gemir de dolor mientras el doctor Walker le realizaba las primeras curaciones. Sabía que las quemaduras habían sido graves, pero aún no se había animado a preguntarle al amable hombre respecto de las mismas.

—Pequeña, debo decir que salvaste tus manos con tu rápido accionar… y también a tu hermana.

Sabía a lo que se refería. Aunque su hermana menor Effie iba a andar por un tiempo con su hermosa caballera rubia ausente, reemplazada por un corte de varón, al menos su cuero cabelludo y su cuerpo no habían sufrido daño alguno… A diferencia de ella.

Aunque el médico se lo había querido sonsacar, Gigi, más que nada por miedo a las posibles repercusiones que pudieran sufrir una vez que el hombre se marchase, se apegó a su historia de que su hermana había chocado contra una mesa por accidente y el pequeño farol se había volcado hasta romperse en el proceso y, cuando ella le arrancó el camisón, se cortó las manos con los vidrios aunque no pudo evitar quemarse las mismas con el fuego que no tardó en propagarse.

Jamás diría en voz alta que, en un arranque de ira, su tía finalmente cumplió su promesa y les lanzó encima el aceite, con la mala suerte de que Gigi cargaba la farola de noche… la que no tardó en estallar hasta que el fuego se apoderó de sus manos y de su

pequeña hermana. Pero, por su rápida respuesta de sumergirlas en agua tan pronto le arrancó la prenda a su hermana, las heridas no habían llegado a ser de extrema profundidad. Luego de desinfectarte con ayuda de Effie, había aplicado una pasta de aloe vera, y con eso se halló el médico cuando fue llamado. Sin embargo, unos días después, este no regresó. Gigi supo que iba a depender de ella el recuperar o no por completo la salud de sus manos. ¿Cuál era la única preocupación de su tía? Que ella pudiese volver a tocar el piano como antes, de lo contrario, no tendrían cómo entretener a los invitados que ellos recibían.

Pero ella estaba decidida a recuperarse lo mejor posible, incluso si para ello tenía que ir a ver al médico a escondidas. Su tía no les iba a quitar nada más. Gigi se lo había jurado a sí misma.

***

Sonidos en el piso inferior la trajeron a la realidad, lo que la alejó del recuerdo que lo cambió todo en su vida. Ignoraba quién podía haber ido de visita con semejante clima. Parecía que ni la lluvia detendría la celebración. Sabía que la nobleza, en su magnitud, estaba alborotada por la fiesta de disfraces que celebrarían lord y lady Kensington en su casa de campo y, aunque ella había sido invitada, había decidido no aceptar.

Sabía que perdería la oportunidad de conocer a varios solteros adecuados, pero su corazón solo latía desbocado por un único hombre y, a sabiendas de que él iba a estar presente esa noche, decidió que lo mejor era quedarse en su casa.

Parecía que bastaba que ambos estuvieran en un mismo lugar para sentirse atraídos como dos imanes, y ella sabía que no era adecuada para él. Tan solo lograría ilusionarse y que su corazón quedase roto.

—Tonta. Nuestros caminos jamás debieron cruzarse… —murmuró para sí misma mientras apoyaba la taza de té, ya frío, sobre la cómoda.

—En eso tiene razón, señorita.

Aterrada, se giró sobre sí misma para hallarse con dos sombras escondidas por la poca luz de la media tarde. Gritó, llamando a Edwina, mientras interponía la cama entre ella y los desconocidos. No dudó en aferrar sus agujas de tejer como armas para defenderse y, luego de un forcejeo en el cual terminó derribada en el suelo, escuchó cómo uno de sus atacantes maldecía por lo bajo y algo húmedo cubría su guante.

—¡Zorra maldita!

—¡No! Sin marcas. Sabes que no la quieren con herida alguna.

—Pero…

—Deja de llorar como una perra y átala. Tenemos que sacarla de aquí antes de que el ama de llaves despierte o alguien más nos vea.

—Pero…

—¡Ya! ¡Maldita sea!

—Espero que nos paguen lo que nos prometieron.

—Lo harán. Temen demasiado que se sepa lo que están haciendo antes de poder casarla con ese maldito bastardo.

—¿En serio crees que Hundley mantendrá su palabra?

—Va a matar a los viejos tan pronto pueda y se quedará con todo el dinero, aunque quizás a ella la conserve un tiempo. Es joven y bonita… y limpia. ¿Qué tan a menudo un bastardo como nosotros puede gozar de una señorita refinada como esta?

Gigi enloqueció por completo al oír sus palabras y finalmente hizo falta que la dejaran inconsciente para llevársela maniatada de la casa.

Capítulo 10

Londres

Mansión Saint Leger

Leo ignoraba por qué su madre había insistido tanto en verlo en mitad de la noche. Usualmente ella jamás se mostraba tan insistente, en especial cuando aquella noche se llevaba a cabo uno de los bailes más importantes de la temporada. La fiesta de disfraces, en la casa de campo de los Kensington, era un evento que nadie deseaba perderse y sería el momento ideal para que él pudiera hallar una esposa que contase con los requerimientos para el rol de vizcondesa. Sin mencionar que sería al fin su oportunidad para ver a Gigi de nuevo.

Por ende, la conducta de la dama no tenía sentido alguno. Algo molesto con la situación, trepó de dos en dos los escalones de entrada e ingresó a la biblioteca, el lugar donde, a menudo y tiempo atrás, solía hallarla acompañando a su padre. Pero en vez de encontrarla sola, como esperaba, la vio acompañada de dos damas que conocía muy bien.

—Lady Hawthorne, lady Kensington. —Ignoraba qué hacían las damas viudas ahí, pero las buenas maneras primaban y se obligó a sí mismo a realizar una formal reverencia para luego acercarse a darle un beso en la mejilla a su madre.

—¿Qué…?

—Tienes que salvarla.

—Nosotras no sabíamos sobre sus tíos.

—Milord, por favor, solo usted puede ayudarnos.

Confundido, las observó a las tres sin comprender sobre quién y de qué le estaban hablando.

Finalmente su madre tomó la palabra.

—Te juro que, de haber sabido cómo te sentías, jamás hubiese insistido tanto en que Gwen y tú eran un buen partido.

—¿Gwen?

—Sí. Los veía bailar en cada evento y la manera en que se miraban me recordaba a como fueron las cosas entre tu padre y yo.

—Milord, de haber sabido que usted no la amaba jamás hubiésemos intervenido.

—Madre… No conozco a ninguna Gwen. Sabes mejor que nadie cuánto odio tratar con esas remilgadas debutantes que parecen que solo tienen aire circulando en el interior de sus emperifolladas cabezas vacías.

—No te enfades, cariño. —La mujer le sujetó una mano antes de volver a hablar, y una extraña sensación se apoderó de él.

—Madre, ¿qué me estás queriendo decir?

—Gwen y Gigi, cariño…, son la misma persona.

—Pero entonces tú…

—No me des esa mirada, muchacho. No estaba al tanto de los planes de las damas. Me hicieron algunas preguntas y, dado que era imperativo que tú te casaras, supuse que obtener algo de su ayuda era conveniente.

—¿Y Gigi?

—Ella tenía aún menos idea, Leo. Solo creyó que Clarisse y Desdémona estaban siendo amables. Saberse invitada por ellas detuvo a muchas lenguas, y tú lo sabes.

—Ella… Las cosas horribles que yo le dije. —Repentinamente él pareció enfermo y se tambaleó sobre sus pies—. Creí que… Ahora… Jamás me aceptará.

—Yo no estaría tan segura, Leo.

—¿Por qué dice eso?

—Ella nunca olvidó cómo la defendiste en aquel primer baile

luego de su accidente. Fuiste su caballero en brillante armadura y, desde aquel entonces, siempre te tuvo en la más alta estima. O así fue…

—Hasta que yo me comporté como un pomposo y remilgado lord.

—Y ahora es tu oportunidad de enmendarte. Nosotros habíamos planeado algo especial para esta noche, pero…

—Alguien se nos adelantó. Gwen… ella no está en su casa.

—¿Gigi, madre…? ¿Qué quieres decir con que no está?

—Convencí a Derrick de recogerla mientras tú venías a verme y así se cruzarían accidentalmente.

—Madre… —Amaba a la dama, pero a veces daba demasiadas vueltas para relatar un hecho en cuestión y, en aquellos momentos, eso lo estaba poniendo cada vez más tenso porque intuía que algo estaba mal.

—Alguien se la llevó. Derrick halló señales de lucha.

—Sabes lo hábil que él es, y no tardó en ponerse al servicio de lord De Warenne.

—¿Quién la tiene? —Fue una sola pregunta y la hizo mientras buscaba su arma dentro del cajón escondido que su padre siempre había conservado detrás de un libro falso.

—Sus tíos. Esas personas son horribles. Es por culpa de ellos que sus manos jamás se recuperaron del todo. Si tan solo hubiesen permitido que la atendieran como correspondía… Su hermana Effie me lo confesó, pero ese es otro asunto —masculló lady Hawthorne sumamente enojada—. Espero que los encuentres y le metas un tiro a cada uno.

—¡Desi!

—Clarisse, este no es momento para propiedades. Personas como esas no merecen convivir con personas buenas como Gigi.

—Hijo, hay algo más… Derrick te acompañará, pero…

—Ellos van a Gretna Green —susurró la duquesa viuda, disgustada con toda la situación—. Esa jovencita es la heredera de una generosa dote. Solo imagino que van a obligarla a casarse con

algún personaje de cuestionable calaña para así poder quedarse con todo.

—¡Jamás! —Fue la última palabra que dijo Leo mientras abandonaba la habitación para luego encontrarse con Derrick que lo esperaba en la entrada con dos de sus mejores caballos. Estaban seguros de que los malhechores no podían estar tan lejos, además de que viajar en un carruaje con una dama maniatada les implicaba no poder ir por los caminos conocidos.

—Milord, ¿qué desea hacer una vez que los capturemos?

—Liberar a Gigi y dejaré que ella decida si quiere eliminarlos porque, si de mí dependiera…

—Siempre se puede solucionar más adelante —le respondió con voz críptica el otro hombre. El mensaje había sido más que claro en cuanto a lo que se refería.

—Dejaremos que ella lo decida. Por el momento, concentrémonos en rescatarla.

—Milord, sé quién puede ayudarnos.

—Ocúpate.

A Leo no le importaba con qué clase de hombre tuviera que lidiar si con eso recuperaba a Gigi sana y salva.

Capítulo 11

Gigi gimió cuando las cuerdas se clavaron en la delicada piel de sus muñecas, lo que la hizo recuperar con rapidez la consciencia. Ella jamás se quitaba los guantes, así que, si no los tenía puestos, era porque alguien más se los había quitado.

Alarmada, abrió los ojos, pero no se movió; se halló recostada sobre un camastro, aunque no reconocía en absoluto la habitación y supo que sus secuestradores habían logrado su cometido.

Al menos tenía las manos atadas frente a ella. Si lograba zafar un poco las ataduras, podría librarse y escapar. Si no lo conseguía hacer por la puerta, debía de haber alguna ventana por la cual poder huir. Aunque no hacía nada semejante desde niña, estaba más que dispuesta a arriesgar su cuello si con eso obtenía su libertad.

—Yo, que tú, no lo haría. Odiaría tener que lastimar a mi futura esposa antes de la boda.

Su mirada enseguida se dirigió a la figura semioculta entre las sombras.

—Mis tíos me quieren intacta —logró responder con fingido coraje.

—Hay maneras de herir a una mujer y sin que queden marcas evidentes. —La malicia en los ojos negros del hombre la asustó y, de inmediato, se sentó sobre el camastro y se las arregló para acomodarse lo más alejado posible de él. Fue entonces que observó las ataduras en torno a sus muñecas y comprendió que sería imposible que se liberase de las mismas sin un cuchillo… Eso sin

mencionar la piel desnuda de sus manos.

—He visto cosas peores. Ustedes, los nobles, le dan demasiada importancia a cosas tan absurdas.

—Mi tía…

—Ya escogió un vestido con unos guantes a juego para ocultarlas.

—Por favor. No lo haga. Puede quedarse con todo mi dinero si lo desea, tan solo déjeme ir.

—¿Por qué habría de aceptar algo que tus tíos me ofrecieron?

—Porque mis tíos no son mis tutores. Lord De Warenne lo es desde hace años. Podemos marcharnos ahora mismo, casarnos y, si jura no ponerme un solo dedo encima, tan pronto me lleve sana y salva a Londres, le entregaré toda mi dote. —Gigi estaba desesperada. Edwina estaría frenética con su desaparición y no había manera de que alguien la hallase en la frontera con Escocia. Gretna Green era el lugar a donde huían las parejas que, a menudo, hallaban objeciones para su compromiso. Una vez unidos en sagrado matrimonio, y con el mismo consumado, ninguna familia osaba terminar con esa unión.

Ella bien podía salir con vida de toda la situación, pero, en aquellos momentos, ni eso era seguro. Sin embargo, cuando él pareció considerar con seriedad su oferta, la esperanza se abrió paso en su pecho. Si lograba convencerlo, podría estar de regreso en su hogar antes de que las malas lenguas comenzaran su malévolo accionar.

—¿Y usted tiene permiso para casarse con quien desee?

—Así es, milord. Mis padres así lo estipularon y nunca jamás se cambió. Debo casarme por mi propia voluntad.

Él hombre pareció quedarse pensando en eso, pero entonces las puertas se abrieron y sus tíos ingresaron en la habitación.

—Roderick, imagino que no te estarás dejando engañar por esta mocosa. Diría lo que fuera para que la liberes.

Gigi sabía que sus tíos las odiaban, tanto a ella como a su hermana, porque sus padres se las habían arreglado para dejarlas

como únicas herederas y a ellos sin un céntimo, pero jamás imaginó hasta dónde estaban dispuestos a llegar para salirse con la suya.

—No estoy mintiendo, señor. Ellos no son mis tutores. El nuevo lord De Warenne ostenta esta posición. Incluso tengo un papel, en mi hogar, que prueba lo que le digo. Me dio tres años para contraer matrimonio y así reclamar mi fortuna, si no, toda pasa a su poder, y eso me deja a mí con un mínimo estipendio para mantenerme.

El intimidante hombre entrecerró los ojos y observó a la pareja que acababa de ingresar y los apuntó con un arma.

—¿Es verdad lo que ella dice?

—Tonterías. Ella se casará por su propia voluntad y su fortuna pasará a ser nuestra.

—¿Por qué compartirla con ellos cuando tú puedes tenerla toda? —Gigi estaba desesperada, solo le importaba salir de ahí con vida, ni siquiera mantener su buen nombre le importaba.

—¡Mocosa maldita! —La cachetada resonó en la habitación y la tomó por sorpresa. Nunca nadie la había golpeado antes. Consternada, miró a su tía que, con el rostro desencajado por la ira, se regodeaba por su dolor—. ¿Sabes lo que le pasa a las niñas mentirosas como tú? Dile, John.

—Pierden la lengua. La conversación no es algo que un hombre como Roderick busque en una esposa por conveniencia.

Gigi sabía que no mentían. Su tío gustosamente lo haría si con eso se aseguraban lo que buscaban. Consciente de que en la habitación estaba en desventaja, decidió que sus mejores opciones para escapar estaban fuera de la habitación. Quizás el mismo cura que estaba destinado a casarlos la ayudaría a huir. Al fin y al cabo, era un hombre de Dios.

Con eso en mente, una vez que los hombres se marcharon, permitió que su tía le colocase un elegante vestido bordó con unos delicados guantes a juego que, en otras circunstancias, le hubiera resultado una verdadera belleza. Pero se abstuvo de hacer comentario alguno e incluso ignoró a la mujer mientras esta le susurraba lo horrible que sería su noche de bodas y las cosas que

Roderick le haría antes de liberarla una vez que tuviesen su dinero.

Gigi se rehusaba a ser intimidada por la mujer, así que simplemente se cerró a todo y se aferró a los recuerdos de Effie y Edwina, así como también en la esperanza de volver a ver a Leo. Sabía que era una ridiculez porque que aquel hombre la hubiese acompañado y protegido en sus visitas a las zonas más carenciadas de la ciudad no implicaba que tuviese emociones por ella. Tan solo había sido un caballero que se preocupó por ella.

Aferrándose a la última vez que se vieron, abandonó la habitación con la frente en alto.

—Una vez que Roderick te doblegue, ya no serás tan altanera, maldita mocosa.

Gigi se negó a responderle. Necesitaba focalizar toda su energía en cómo haría para huir si resultaba que el párroco no aceptaba ayudarla. Continúo caminando e incluso aceptó el ofrecimiento de su secuestrador cuando este le ofreció su brazo para ir caminando juntos hasta la pequeña parroquia donde se llevaría a cabo la boda.

Sintió que las piernas le flaqueaban, pero se obligó a sí misma a continuar caminando. No podía entrar en pánico en aquellos momentos. Necesitaba hallar una manera de huir.

—Caballeros, señora, necesito unos minutos con la futura desposada —les informó el cura tan pronto los vio aparecer.

—No —expresaron sus tíos al unísono y a secas.

—Nunca escuché…

—Eso es de lo más inusual—lo interrumpió, de forma abrupta, el tío de Gigi claramente molesto con toda la situación.

—¿Hay alguna razón por la cual no deba conversar a solas con la joven? —Algo en su tono de voz alarmó a los tres restantes presentes porque enseguida aceptaron, pero no sin primero darle varias miradas amenazantes.

—Señor, por favor…

—Tranquila, señorita. Oficiaremos la ceremonia como se espera. Todo va a salir bien —le susurró el cura, lo que la tomó por sorpresa. Su mirada le indicaba que era obvio que estaba al tanto de lo que

ocurría aunque ignoraba si eso implicaba que estaba dispuesto a ayudarla a huir de la situación o, si por el contrario, al igual que el hombre de la posada donde se habían «hospedado», este hombre también había sido comprado por sus tíos.

—Pero…

—Hazlos pasar, por favor.

Confundida y sin saber cómo interpretar la mirada que el párroco le había dado, llamó a sus tíos y a su secuestrador. El corazón le latía enloquecido, y ni siquiera objetó cuando este le aferró las manos y ambos se pusieron de pie frente al hombre.

—Estamos aquí reunidos para unir en sagrado matrimonio a una pareja que se ama. Calpurnia Gwendolyn Grey y…

—No él. —La voz resonó en la estancia y Gigi se giró a tiempo de ver a nada más y nada menos que al mismísimo Aidan Ó Faoláin que sostenía un arma en cada mano con las que los apuntaba.

Fue en ese momento que la situación pareció sobrepasarla y sus piernas cedieron a su peso, y poco le faltó para caer desmayada de no haber sido por el otro par de fuertes brazos que la atraparon y sostuvieron con firmeza en un abrazo que le era por más familiar.

—¿Leo?

Luego de esa palabra, el más absoluto caos pareció desatarse. Ella solo fue consciente del cuerpo de Leo mientras varios de los hombres gritaban y el sonido de las balas que eran disparadas la sobresaltaba y aturdía por igual.

Protegida por el masculino cuerpo se aferró con fuerza a él y rogó que ninguno de sus salvadores saliera herido mientras intentaba evitar que el alivio que le hacía sentir el saberse a salvo le hiciera perder la compostura.

—Leo…

—Aquí estoy, Gigi. Tranquila, mi amor… —le susurró al oído, y eso acalló sus temores.

Capítulo 12

Gigi sabía que debía seguir aterrada, pero simplemente no, ya no lo estaba. Tan solo sentía un profundo alivio y agradecimiento. Porque, tan pronto sus tíos fueron conscientes de que sus planes se habían arruinado, intentaron huir, pero otro hombre, que luego descubrió que era Derrick, el cochero de Leo, los detuvo mientras Aidan no dudó en disparar contra Roderick cuando este hizo un ademán para herirla a ella, aunque en el acto casi hiere a Leo, pues este se había interpuesto entre ambos para proteger a Gigi.

Cuando las cosas finalmente se calmaron, fue que Gigi se volvió consciente de su situación. Estaba sana y salva. Leo y Aidan la habían salvado.

—Jamás voy a poder agradecerles lo suficiente.

—Usted ha hecho más que suficiente por mí y por mi gente, señorita Grey.

—Gigi, por favor, señor Ó Faoláin —de inmediato le aclaró la joven.

—En ese caso, usted debe llamarme por mi primer nombre, señorita.

—Muchas gracias, Aidan.

—Lord Saint Leger nos informó de lo que estaba ocurriendo. Su hombre realizó una maravillosa labor y descubrió lo ocurrido la noche que nos conocimos y, asimismo, también mi relación con la anciana Meg… Ella es como una madre para mí.

Gigi sonrió entre lágrimas, desbordada por las emociones y por el

alivio de saberse sana y a salvo.

—No llores, mi amor —le susurró Leo mientras volvía a cobijarla entre sus brazos.

—¿Mi amor? Leo… —Gigi decidió que estaba escuchando mal, que era todo un producto de su imaginación como resultado de todo lo ocurrido. Sus emociones estaban desbocadas.

—Sí, Gigi… Desde aquel primer baile.

—Pero lo hiciste por lástima, porque habían estado hablando mal de mí.

—Empezó como un gesto amable, pero, desde aquel primer baile, me cautivaste por completo, Gigi.

—¿En serio?

—Te tenía en mis brazos y tú me tratabas como si fuéramos viejos amigos. Y luego… sonreíste. Y ahí fue cuando perdí por completo mi corazón.

—¿Por mi sonrisa? ¿Eso te enamoró de mí?

—Así es, mi amada. Porque tú sonreías con el corazón. No ocultas nada.

—Pero… tú necesitas una vizcondesa, y yo jamás podría ser una remilgada, emperifollada y tiesa dama. —Ella quería que él tuviese en claro que no formaba parte de su ser el comportarse como una pacata desabrida que solo servía como decoración para el brazo de su marido. Ella tenía una mente y voz propias, y no estaba dispuesta a ser relegada a un mero objeto a ser exhibido para complacencia del esposo.

—Gracias a Dios por eso. Dime algo, Gigi, si yo no tuviese más dinero, ¿aun así te importaría?

Gigi supo que era momento de ser sincera, así que clavó la mirada en la penetrante de Leo y asintió.

—Tu título jamás me importó, Leo. Ni el dinero. Mis padres se aseguraron de que Effie y yo no tuviéramos que vernos forzadas a casarnos. Ellos nos dejaron bien acomodadas. Podríamos vivir tan solo con mi dote si así lo desearas —le dijo—. Podríamos incluso ser pobres y no me importaría, Leo. Te amo. Siempre fuiste tú.

—Dilo de nuevo. —La incredulidad en el rostro del hombre se le hizo increíblemente tierna, así que Gigi sonrió. Y estaba por acariciarle el rostro cuando vio que el guante de encaje se había roto. La sonrisa se le borró de su rostro al instante y quiso esconder la mano, pero Leo la detuvo. Contrario a lo que esperaba, él le quitó el resto del guante y se llevó su mano con cicatrices a la boca para besarla varias veces—. Quiero que tú me toques, Gigi. Sin guantes. Entiendo si no quieres que el resto de las personas vean tus cicatrices, pero yo te amo y deseo ver y tocar todo de ti.

—Oh, Leo… Te amo. —Y luego de quitarse el otro guante, se lanzó a sus brazos y le cubrió el rostro de besos, por lo que él rio hasta que capturó sus labios con los suyos. Cuando finalmente sus bocas se separaron, la mirada de Leo era intensa.

—¿Me aceptas, Gigi?

—¿Qué?

—Te amo más que a nada en este mundo y deseo que seas mi esposa. ¿Me aceptas, señorita Grey?

—¿Con mis peculiaridades y todo?

—Jamás lo aceptaría de otra manera. —Y luego, frente a todos los presentes, se hincó sobre una rodilla e hizo aparecer del interior de su chaqueta una pequeña caja forrada de seda roja—. Entonces, mi muy peculiar señorita Grey, ¿aceptaría ser mi esposa, aquí y ahora, delante de Dios y de nuestro nuevo amigo?

—Leo…

—Di que sí, Gigi. El resto no me importa.

—Sí, Leo. Acepto.

Capítulo 13

Gigi aún no podía creer lo ocurrido, pero el anillo que brillaba en su mano izquierda le recordaba que era verdad. En ese momento, era lady Calpurnia Gwendolyn Saint Leger, vizcondesa de Doneraile. Y si eso no era suficiente, tan solo tenía que girar el rostro hacia su derecha para ver la imponente figura de Leo sentado a su lado en el carruaje.

De común acuerdo, dirían que ambos habían huido a Gretna Green a contraer matrimonio. No se mencionaría nada de lo ocurrido, aunque sus tíos sí enfrentarían a la justicia y la intervención de Aidan se mantendría en silencio.

—¿No te parece que él es muy familiar?

—Así es, hermosa. Aunque no sé cómo es posible que tú lo reconozcas.

—¿Reconocerlo? No, no es eso… Son sus ojos.

—Son como los ojos de familia del duque de Cumbria. Algo único e irrepetible… Debes conocer a Rori Douglas.

—Sí. Siempre se ha mostrado muy amable conmigo y tienen los más impresionantes ojos violetas que jamás haya visto —respondió al instante Gigi recordando al amable joven—. Pero ¿eso qué tiene que ver con Aidan?

—Tú eres joven, así que no creo que lo recuerdes sin mencionar que primero prefiero hablar el tema con Alexander y Byron, pero sospecho que tu nuevo amigo es hijo bastardo.

—¡¿Qué?! —Gigi estaba en *shock*, sabía que Su Majestad no veía

con buenos ojos a los hijos bastardos. Quien fuera el padre de Aidan podría verse en serias dificultades.

—Tranquila… Si mis sospechas son correctas, él falleció hace muchos años atrás… Dudo de que supiera sobre Aidan, puesto que, de haber sido así, le habría dado la educación que le correspondía.

—Oh, pobre…

—Está bien, amor. Yo me ocuparé de solucionarlo.

—Es por eso que vamos a la casa de campo de los Kensington, ¿no?

—Así es. Además, ¿qué mejor manera de anunciar nuestro matrimonio que en medio de una celebración?

—Pero sin mencionar que, ya de por sí, estaremos yendo entrada la noche… ¿no se van a enfadar los duques?

—Olvídalo, Cali va a estar feliz. Desde que ella y Alexander contrajeron matrimonio que desea que todas las personas a su alrededor hagan exactamente lo mismo, si hasta sus abuelas han tomado como misión lograr que hasta la más inadecuada de las damas logre una buena propuesta matrimonial.

—¿Cómo lo hicieron con nosotros?

—Tú ya me habías capturado mucho antes de que ellas se entrometieran —le susurró Leo, y le robó un beso.

Epílogo

Casa de campo de los Kensington

Fiesta de disfraces

Gigi rio mientras escuchaba a las dos damas mayores que se jactaban de haber sido las responsables de su casamiento con Leo. De común acuerdo, ambos decidieron no decirles nada al respecto porque no deseaban desilusionarlas.

Cuando Leo apareció y él la abrazó por la cintura, ella se recostó brevemente contra él y luego permitió que la guiase a recorrer los vastos jardines de la propiedad. Caminaron por un buen tiempo, disfrutando de la hermosa aunque ya algo fresca noche, mientras luciérnagas daban un aire mágico a su alrededor.

—Es todo tan bello aquí —susurró Gigi.

—Nuestra propiedad no es tan grande, pero es igual de bella.

—Eso no me importa, Leo. Ya te lo dije, solo quiero estar contigo.

—Y yo contigo. —Él volvió a besarla y fue entonces que vieron pasar a otra joven vestida como María Antonieta… seguida de cerca por un caballero de aspecto un tanto atemorizante con un bastón. Por un momento, Gigi consideró pedirle a Leo intervenir, pero, cuando vieron aparecer a dos jóvenes más que los seguían, enseguida se tranquilizó.

—¿Debería haberme disfrazado de manera más elaborada o de otra cosa? —finalmente preguntó Gigi, preocupada por tan solo estar usando un modesto antifaz y nada más.

—No debes preocuparte, amor. Lord Douglas está intentando

recuperar a la mujer que ama y las amigas de ella lo están ayudando.

—¿Y todas se disfrazaron de esa manera solo por eso?

—Sí. Hoy no es un buen momento, pero luego los invitaremos a un té en nuestra casa. Estoy seguro de que te llevarás muy bien con lady Kensington y sus *casi floreros*.

—¿Casi floreros?

—Pídeles a ellas que te cuenten su historia. Estoy seguro de que eso también tuvo mucha influencia en las travesuras de las dos damas mayores y sus deseos de ver a todas casadas.

—¿En serio? ¡Qué romántico!

—¿Lo crees?

—Definitivamente. Todos merecen hallar el amor.

—Así es. —Algo en la mirada de Leo cambió y volvió a acercar el cuerpo de ella a él—. Te amo, Gigi.

—¿Con mis peculiaridades y todo?

—En especial por eso, mi muy peculiar señorita Grey.

Agradecimientos

A Lola Gude y a PRH, por su apoyo y por continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor Roberto y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.

A J. Gracias, amiga, por todo tu apoyo y aguante. Me siento privilegiada de contar con tu amistad y espero poder devolvértelo con creces. ¡Vamos por más!

To my two American angels, Tiff and Sam… love you to the moon and back!

La peculiar señorita Grey



La señorita Calpurnia Gwendolyn Grey, Gigi para sus conocidos, es una joven heredera que tan solo espera cumplir sus veinticinco años para recibir la dote que sus padres le dejaron como herencia. Ella anhela casarse, pero siente que sus cicatrices y su peculiar conducta la condenan a una eterna soltería, pues ningún partido decente se fija en ella.

Lord Alasdair Leonidas Saint Leger, vizconde de Doneraile, necesita una esposa adecuada. Sin embargo, desde el mismo instante en que su camino se cruza con el de una extraña joven de guantes, su corazón entra en batalla con su mente, pues una dama tan peculiar jamás sería aceptada para ostentar el título de vizcondesa.

Circunstancias y enemigos del pasado entrelazarán sus caminos, lo que forjará un lazo entre ellos que los empujará a un amor que, si se atreven, podría ser inquebrantable.

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Kathia Iblis
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-17-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La peculiar señorita Grey

Nota editorial
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Kathia Iblis
Créditos